

EL DISCIPULADO FRENTE A LA PROSPERIDAD

NELSON MARTÍNEZ MUÑOZ

FERNANDO ABILIO MOSQUERA BRAND, Ph D.

FUSBC

TEOLOGÍA

Enero de 2010

RESUMEN

Una doctrina que ha seducido a multitudes, por su ofrecimiento de abundancia, centrada en lo material, es la que algunos han denominado “Teología de la prosperidad”. Poco a poco se ha venido desplazando la invitación de Jesús a llevar la cruz, por una teología que sugiere que el cristiano está llamado a una vida pletórica de suficiencia y satisfacción. La condición de “hijo de Dios” ha llegado a confundirse con la tentación de adquirir bienes y abundancia de riquezas materiales. A esta teología, a la cual se le da aquí una respuesta, se ha llamado, en este proyecto, “Doctrina de la prosperidad”.

Esta respuesta a la doctrina de la prosperidad se hace desde el marco del discipulado o seguimiento a Jesucristo. En esta investigación se toma como referencia los sermones y enseñanzas del Señor Jesucristo, narrados en los evangelios, principalmente los evangelios sinópticos; y las enseñanzas de Pablo que hacen referencia a los asuntos materiales. Esto con el propósito de dar respuesta a la doctrina de la prosperidad desde la perspectiva del discipulado cristiano, con base en una exégesis bíblica de los textos seleccionados.

El fundamento de esta investigación está esencialmente en el Nuevo Testamento, particularmente en aquellas enseñanzas de Jesús y de Pablo, en las cuales hacen referencia a las posesiones materiales y a las riquezas. Por otro lado, se estudia la conceptualización cristológica de algunos teólogos de la cruz como Lutero, Moltmann, Barth, Ellul, Kitamori y Baker.

Pero para dar respuesta a la doctrina de la prosperidad, se plantean tres problemas que afectan la comprensión del tema como son: El problema hermenéutico, que va a determinar el acercamiento a las Escrituras; el problema conceptual, que permite clarificar el sentido bíblico de algunos conceptos clave; y el problema teológico, que define la perspectiva cristológica desde la cual se aborda el tema. Por otro lado, después de identificar todos los pasajes del Nuevo Testamento en los cuales se menciona el tema de los bienes materiales, se hace exégesis de los que resultan de mayor interés: La tentación de Jesús en el desierto, el Sermón del Monte, la parábola del sembrador, el joven rico, el envío de los discípulos sin provisiones, la acusación de Jesús a Pedro como piedra de tropiezo, la afirmación de los sufrimientos de Pablo a los Corintios, la afirmación de Pablo a los Filipenses de conocer la abundancia y la escasez, la prohibición de Pablo a los Corintios de juntarse con avaros, la ofrenda de las iglesias de Macedonia, los requisitos de obispos y diáconos en la primera carta a Timoteo.

Se ha hallado que el 95 % de las referencias a las riquezas materiales en el NT, tienen una connotación negativa. Sin embargo, no se condena la posesión de riquezas, o las riquezas mismas, sino la tendencia humana a poner su corazón y su confianza en las riquezas. No aparece ni una sola exhortación a la búsqueda de riqueza y, por el contrario, se exhorta a no hacer tesoros en la tierra. La pobreza suele ser exaltada, relacionada con la generosidad, con la humildad, con la piedad, con la fe; y se considera una realidad inevitable, por lo cual se promueve la generosidad.

Se ha concluido que la doctrina de la prosperidad es una antítesis del discipulado. Nadie que pretenda alcanzar riquezas, puede llamarse discípulo de Jesucristo. Si la iglesia de Jesucristo pretende cumplir el mandato de Jesús de hacer discípulos, no puede permitir que ese discipulado sea mezclado con la doctrina de la prosperidad. La iglesia no debe despertar en el discípulo una expectativa material por su fe en Jesucristo.

CONTENIDO

	Pág.
Introducción	5
I. Marco teórico	7
II. Metodología	8
III. El problema hermenéutico	9
IV. El problema conceptual	13
V. El problema teológico	20
VI. El Evangelio de Jesucristo frente a la prosperidad	32
VII. La doctrina de Pablo frente a la prosperidad	45
Conclusiones	54
Recomendaciones	56
Anexo. Referencias sobre los bienes materiales en el Nuevo Testamento	57
Referencias	60

EL DISCIPULADO FRENTE A LA PROSPERIDAD

Introducción

El mundo está viviendo una época en la que el conocimiento bíblico y teológico es cada vez más imperativo, para que la iglesia pueda dar respuesta a los interrogantes, desafíos y tendencias del ser humano, los cuales explican el comportamiento de una sociedad sacudida por los adelantos científicos y tecnológicos.

La iglesia tiene que responder a una sociedad que busca ansiosamente la felicidad, evadiendo toda clase de sufrimiento, en donde el reclamo de los derechos está por encima del cumplimiento de cualquier deber. Tiene que responder a un mundo inclinado hacia el hedonismo, donde la centralidad del placer en la cotidianidad del ser humano es la meta. Tiene que responder a una generación que entroniza las emociones, fundamentando toda creencia en lo que se siente más que en lo que se sabe. Tiene que responder a una sociedad consumista de lo instantáneo, que está enseñando a las nuevas generaciones a obtener las cosas con el menor esfuerzo posible. Tiene que responder a un mundo donde se rinde culto al cuerpo y a la estética, y que coloca la belleza por sobre cualquier valor moral o espiritual. Tiene que responder a una cultura donde impera el misticismo y el esoterismo, aceptando cualquier creencia nueva, cuanto más extraña mejor. La iglesia debe ofrecer respuesta en una época en la que se niegan los absolutos, dejando todos los valores en la incertidumbre de la relatividad.

Todos estos rasgos característicos de hoy son parte de esta época denominada postmodernismo. Una época en la que no sólo se están perdiendo los valores sino que, incluso, se están invirtiendo. Las taras sexuales como el homosexualismo y otros se han convertido en norma, mientras que quien se atreve a criticarlas es tomado por ignorante. La defensa de la virginidad hasta el matrimonio es visto como ridiculez. La disciplina de los hijos se convierte poco a poco en delito. Por éstas y muchas otras inversiones de valores, tiene que proclamarse de nuevo el mensaje profético de Isaías: *“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, lo dulce por amargo!”* (Is 5:20)

Lamentablemente, en lugar de ofrecer una respuesta, gran parte de la iglesia cristiana ha sido infiltrada por muchas de las tendencias e inversiones mencionadas. No hace falta una observación muy exhaustiva para identificar tendencias tales como: La búsqueda ansiosa de la victoria y la felicidad evadiendo toda clase de sacrificio y dolor; el reclamo de promesas antes que el cumplimiento de los preceptos divinos; la inclinación hedonista, donde el

disfrute de sensaciones sobrenaturales es la meta; la alabanza y la música centrada en lo espectacular y placentero; la proclamación de una fe que consiste en obtener grandes logros con el menor esfuerzo posible; la exaltación de la conveniencia por sobre valores morales o espirituales; la aceptación de doctrinas de moda y supuesto mover del Espíritu, cuanto más extraño mejor; o la mezcla de verdades bíblicas con creencias esotéricas y místicas de la nueva era.

Este panorama, tanto al exterior como al interior de la iglesia cristiana, se ha convertido en un excelente “caldo de cultivo” para lo que algunos han denominado “Teología de la prosperidad”. Esta doctrina ha seducido a multitudes por su ofrecimiento de abundancia, centrada en lo material, con fundamento en una “fe” reducida a “poder” para lograr los “deseos” del corazón. Poco a poco se ha venido desplazando la invitación de Jesús a llevar la cruz, por una teología que sugiere que el cristiano está llamado a una vida plétórica de suficiencia y satisfacción. La condición de “hijo de Dios” ha llegado a confundirse con la tentación de adquirir estatus, el placer de obtener reconocimientos, la búsqueda de títulos y honores, la codicia de ganancias materiales, la autosatisfacción, la realización de los sueños y metas personales, en fin, el alcance de la confianza en sí mismo, y por lo tanto, la desconfianza en Dios.

¿Cómo se puede responder a la doctrina de la prosperidad? En toda doctrina pseudo cristiana, se apela a la Biblia para fundamentar argumentos y conclusiones, dando la impresión de estar siendo fiel a la Palabra de Dios. Pero ésta es utilizada de manera sesgada, aprovechando la susceptibilidad del texto bíblico a diversidad de lecturas. Indudablemente, una gran parte del texto bíblico, mayormente vetero testamentario, puede ser leído desde una perspectiva de prosperidad, especialmente si ya se tiene esa óptica como punto de partida hermenéutico.

Es por eso que la respuesta a esa doctrina no puede limitarse al uso de unos cuantos textos bíblicos que entren a chocar con sus postulados; sino que debe ser abordada desde una panorámica global de las Escrituras, pero con una hermenéutica Cristo céntrica. Es decir, interpretando la Palabra en el marco de un discipulado radical, y por lo tanto, apelando más al carácter de Jesucristo, que a conceptos teóricos o teológicos. Este es el objetivo de la presente investigación: Dar respuesta a la doctrina de la prosperidad desde la perspectiva del discipulado cristiano. Este acercamiento se hará teniendo en cuenta la situación que atraviesa la iglesia cristiana en Colombia, tanto por su condición intestina como por el medio en el que se encuentra sumergida.

Pero para dar respuesta a la doctrina de la prosperidad, es necesario plantear previamente algunos problemas que determinan la forma de abordar el tema, los cuales se convierten en los objetivos específicos de esta investigación: En primer lugar, el problema hermenéutico; segundo, el problema conceptual; y tercero, el problema teológico. Por otro lado, se hará exégesis de algunos pasajes clave de los evangelios, donde Jesús toca el tema de los bienes materiales, y otros pasajes donde Pablo habla al respecto.

I. Marco teórico

Se ha seleccionado una serie de libros con énfasis en la doctrina de la prosperidad, con el propósito de identificar los principales postulados de esa doctrina, de tal manera que la respuesta en esta investigación pudiera darse tomando en cuenta esos postulados. Uno de los más fervientes predicadores de la prosperidad es Paul Yonggi Cho, un pastor coreano quien, en su libro *La Cuarta Dimensión* (1979), le otorga a la fe del cristiano un poder tal, que puede alcanzar cualquier cosa material que le pida a Dios de una manera específica. Para Cho, la clave de la prosperidad está en la fe y en el poder de la palabra confesada. En 1984, Kenneth Copeland escribió acerca del poder de la oración, en un sentido similar al de Cho. Para este autor la clave de la prosperidad está en la forma como se ora, con base en la Palabra de Dios; pero atribuyendo el poder a la pronunciación literal de esa Palabra. Para Derek Prince (1995), “La prosperidad es una bendición, y la pobreza, una maldición” (p. 54). De esta forma se argumenta también, que la clave de la prosperidad está en la liberación de maldiciones generacionales, las cuales suelen atar a las personas a la escasez y a las penurias financieras.

Por otro lado se tienen los argumentos de la Teología de la liberación, que consideran la pobreza como el resultado de la injusticia social y la opresión por parte de los ricos y poderosos. Tal es el argumento de Julio Lois (1986), cuando presenta la “Opción por el pobre” (p. 635), según la cual, la misión de Jesucristo estuvo centrada en los pobres, y por lo tanto, una verdadera iglesia cristiana debe también centrar su tarea en los pobres. Este tipo de tarea del cristiano debe, incluso, llevar a la identificación y encarnación de la pobreza.

Pero en otro sentido, aparecen una serie de teólogos que consideran la pobreza como una realidad de este mundo caído, y por lo tanto, una realidad inevitable. Si bien, no se considera la pobreza como algo deseable, tampoco se considera que sea una prioridad kerigmática, poner fin a la pobreza. Más bien se considera que la prosperidad, tanto como la pobreza, son eventualidades en medio de las cuales el verdadero discípulo de Jesucristo pone

a prueba su fe en Dios. Esta es la posición de Blomberg (2002), cuando hace su profundo comentario al texto de Proverbios 30:8 “No me des pobreza ni riquezas; mantenme del pan necesario”.

Finalmente, aparecen también quienes consideran las riquezas como algo a lo que un verdadero discípulo de Jesucristo debe renunciar. Kempis (1991), por ejemplo, exhorta a que se imite a Jesucristo, lo cual debe incluir la renuncia a los asuntos materiales, a los deseos de la carne y a la vanidad del mundo, haciéndose pobre, como también lo hizo Cristo.

II. Metodología

Esta respuesta a la doctrina de la prosperidad se hace desde el marco del discipulado o seguimiento a Jesucristo. Se llevó a cabo una lectura superficial de todo el NT, con el propósito de identificar todos los pasajes en los cuales se hace algún tipo de referencia a los bienes materiales. Con base en esta lectura se pudo elaborar un cuadro global, el cual se colocó como un único anexo del trabajo final. Igualmente esta lectura permitió identificar los pasajes más significativos, los cuales serían objeto de exégesis. En esta investigación se toman como referencia los sermones y enseñanzas del Señor Jesucristo, narrados en los evangelios, principalmente los evangelios sinópticos, como son: La tentación de Jesús en el desierto, el Sermón del Monte, la parábola del sembrador, el joven rico, el envío de los discípulos sin provisiones, y la acusación de Jesús a Pedro como piedra de tropiezo.

Igualmente, se toman como referencia las enseñanzas de Pablo que hacen alusión a los asuntos materiales, como son: la afirmación a los Corintios acerca de sus sufrimientos, la afirmación a los Filipenses en cuanto a conocer la abundancia y la escasez, la prohibición a los Corintios de juntarse con avaros, la ofrenda de las iglesias de Macedonia, y los requisitos a obispos y diáconos en la primera carta a Timoteo. Esto con el propósito de dar respuesta a la doctrina de la prosperidad desde la perspectiva del discipulado cristiano, con base en una exégesis bíblica de los textos seleccionados.

Pero antes de abordar el asunto exegético, propiamente dicho, se trata el asunto del problema hermenéutico que surge cuando se discute cualquier asunto teológico, por la diversidad de enfoques con los que se puede abordar el texto bíblico. Puesto que el propósito de este proyecto es dar una respuesta a la doctrina de la prosperidad desde la perspectiva del discipulado; es necesario enfatizar la importancia de una hermenéutica coherente con esa perspectiva. En el marco de un verdadero discipulado, se hace imperativo un acercamiento a las Escrituras bajo una hermenéutica radicalmente Cristo-céntrica. Esto quiere decir que,

como discípulos de Jesucristo, no se puede llegar a una comprensión legítima del texto bíblico si no se hace a través de la óptica del Maestro. Este problema hermenéutico fue tratado con base en algunas frases pronunciadas por Jesús, según los evangelios, las cuales hacían referencia a las Escrituras, y por lo tanto, evidenciaban el ejercicio hermenéutico que el Maestro llevó a cabo.

Puesto que muchos de los términos utilizados en la doctrina de la prosperidad y en la respuesta que a esta pueda darse, suelen ser susceptibles de múltiple interpretación, o llegan a ser cargados de connotaciones que varían según el contexto o según quien los maneje; es necesario que se establezcan los conceptos bíblicos que algunos de estos términos expresan, de tal forma que al hablar del tema, sea el concepto bíblico el que ilumine la interpretación, y no la mentalidad moderna o de moda. Se hizo un balance de las palabras utilizadas en el NT griego para referirse a la riqueza, la pobreza, el discipulado y la fe. De esta forma fue posible arrojar luz sobre el problema conceptual.

Con respecto al problema teológico, básicamente se tomó en cuenta los aportes dados por parte de seis teólogos con respecto a la teología de la cruz, la cual resulta fundamental como punto de partida para una respuesta a la doctrina de la prosperidad. Dichos teólogos fueron: Lutero, Barth, Moltmann, Ellul, Kitamori y Baker.

Finalmente se llevó a cabo el análisis exegético de los textos seleccionados para tal fin, poniendo especial interés en la composición de dichos textos en el idioma original.

III. El problema hermenéutico

El primer problema que surge cuando se discute cualquier asunto teológico, es la diversidad de enfoques hermenéuticos con los que se puede abordar el texto bíblico. Puesto que el propósito de este proyecto es dar una respuesta a la doctrina de la prosperidad desde la perspectiva del discipulado; es necesario enfatizar la importancia de una hermenéutica coherente con esa perspectiva. En el marco de un verdadero discipulado, se hace imperativo un acercamiento a las Escrituras bajo una hermenéutica radicalmente Cristo-céntrica. Esto quiere decir que, como discípulos de Jesucristo, no se puede llegar a una comprensión legítima del texto bíblico si no se hace a través de la óptica del Maestro.

Una de las actividades sobresalientes de Jesús en su ministerio terrenal, tuvo que ver con su constante enfrentamiento con los fariseos y líderes judíos que buscaban la manera de atraparlo en un mal paso. Igualmente, tuvo que enfrentarse a Satanás, a sus discípulos y al pueblo en general. Defenderse con el uso de la palabra era una de las fortalezas del Señor; pero

su apologética siempre estuvo basada en una particular interpretación de las Escrituras. Una hermenéutica Cristo-céntrica tiene que evidenciarse por una interpretación fiel al método de Jesucristo. Las palabras de Jesús al mencionar las Escrituras permiten identificar su método de interpretación. A continuación se mencionan algunas de sus frases más sobresalientes, las cuales permiten deducir algunos principios hermenéuticos.

“Escrito está” (Mt 4:4)

Esta frase viene a ser la base de la hermenéutica de Jesucristo. Desde su primera aparición, luego de ser bautizado, tuvo que verse cara a cara con el diablo. Pero antes de cualquier manifestación de poder, Jesús deja saber que su ministerio estará absolutamente encaminado a obedecer las Escrituras. Como Hijo de Dios, Jesús podía haber enfrentado al tentador con argumentos poderosos, más allá de las Escrituras; pero en lugar de ello, prefirió darle a estas un carácter canónico; es decir, la regla bajo la cual tomaría todas sus decisiones.

Muchas de las prácticas y expresiones de la iglesia de hoy muestran su sometimiento a modas religiosas más que a las Escrituras. Hay una mezcla de verdades bíblicas con creencias esotéricas y místicas que han desplazado la centralidad de la Palabra en la vida de la iglesia. Por otro lado; científicos, políticos, filósofos, religiosos, y muchos teólogos, han tratado de quitarle a las Escrituras el papel normativo, argumentando errores humanos en el texto. Como si las limitaciones humanas fueran más determinantes para la hermenéutica que la inspiración divina. La frase “Escrito está” permite concluir que *las Escrituras deben regir la vida de la iglesia.*

“Mas al principio no fue así” (Mt 19 8)

Cuando los fariseos le preguntaron acerca del divorcio, Jesús dejó ver otro elemento fundamental de su hermenéutica. “¿No habéis leído...?” (Mt 19:4). Desde el principio había un plan con el matrimonio: “que no lo separe el hombre” (Mt 19:6). Pero por la dureza del corazón, bajo determinadas circunstancias, Moisés había permitido el divorcio. Se puede decir que *las Escrituras tienen un plan “a” y un plan “b”*. El plan “A” consiste en lo que ha sido la voluntad de Dios para con sus criaturas desde un principio. Esa voluntad ha sido revelada de la forma más nítida en Génesis 1 y 2. Pero, por la dureza de corazón del ser humano; es decir, por causa del pecado; a partir de Génesis 3 se empieza a tejer un plan “B”.

La iglesia está llamada a buscar la voluntad de Dios en su mismo corazón, más que en leyes y permisos que, aunque sean bíblicos, han sido dados por razón de la rebeldía humana.

Sería mucho el camino que se puede evitar, si en la hermenéutica, antes de dar vueltas por todo el texto bíblico, el discípulo se preguntara ¿Cómo fue al principio? o ¿Cuál es la voluntad de Dios? Pues debe recordarse que el plan “B” es por la dureza de corazón.

“Invalidando la Palabra de Dios con vuestra tradición” (Mc 7:13)

Para Jesús, el mandamiento de Dios está por sobre todo dogma, tradición o capricho humano. Él acusó a los fariseos y escribas de hipócritas precisamente por no guardar los mandamientos de Dios. Pero ¿Qué era lo que hacían los judíos para invalidar el mandamiento? Reinterpretarlo. Mediante la consagración a Dios de todas sus posesiones (Corbán), una persona quedaba exenta de ayudar económicamente a sus padres. Esta fue una tradición nacida por conveniencia, aunque se usara una figura aparentemente piadosa para respaldarla.

Muchos dogmas y prácticas cristianas suelen esconderse detrás de razones piadosas, pero en el fondo sólo buscan satisfacer las pasiones egocéntricas del ser humano. Es por eso que al escuchar el mandamiento de Dios muchos suelen responder: “Depende”. Tal como lo hizo el rey Saúl (1 S 15), se desobedece a Dios bajo pretextos piadosos. El diezmo: “depende”. No matarás: “depende”. Bendecir a los enemigos: “depende”. No acomodarse a este mundo: “depende”. Amar a la esposa: “depende”. Someterse al marido: “depende”. Se debe tener mucho cuidado con la reinterpretación, pues muchas veces obedece a la hipocresía o a la necesidad de justificar la desobediencia. Puede concluirse, entonces, que *la Escritura no puede ser invalidada por conveniencia humana.*

“No he venido para abrogar, sino para cumplir” (Mt 5:17)

En la hermenéutica de Jesús, el Antiguo Testamento no puede ser desechado. El Nuevo Testamento, que comienza con el Evangelio de Jesucristo, es cumplimiento y complemento del Antiguo, el cual no se puede entender sin el Nuevo; ni éste tendría sentido sin aquél. Una hermenéutica Cristocéntrica no significa que sólo se basa en el Nuevo Testamento, sino que el Antiguo Testamento se interpreta a través de la obra redentora de Jesucristo.

Una doctrina basada exclusivamente en el Antiguo Testamento, sin atender el manejo que tiene en el Nuevo, es parcial, y por lo tanto incompleta. Resulta difícil entender los atributos de un Dios soberano, grande y temible como se presenta en el Antiguo Testamento; pero esta dificultad se supera cuando se puede ver en Jesucristo a un Dios cercano y humano. Resulta difícil explicar el enfoque violento del Antiguo Testamento, pero esta dificultad se supera cuando se aprecia el carácter de Dios, expresado en el amor y la humildad de Jesucristo. Resulta

fácil usar el Antiguo Testamento para fundamentar una búsqueda de liberación social; pero esta liberación se convierte en un objetivo insuficiente cuando se escucha a un Jesús diciendo: “Mi reino no es de este mundo” (Jn 18:36). Así que *el Nuevo Testamento es complemento del Antiguo*.

“*Como estuvo Jonás en el vientre del gran pez*” (Mt 12:40)

Jesús interpretó el texto del profeta Jonás como una alegoría de su muerte y resurrección. Pero al apelar a este tipo de interpretación, Jesús no estaba despojando al relato bíblico de su historicidad. Por el contrario; la historicidad de la experiencia de Jonás, ofrece garantía de que también la muerte y resurrección de Jesús sería un hecho literal. Algunos han tratado de menoscabar la historicidad de textos narrativos de las Escrituras, por cuanto resultan inconcebibles ante el juicio de la mente humana. Para muchos esto no resulta de importancia, mientras se pueda entender el mensaje que el texto quiere comunicar. Sin embargo, cuando se deja que el racionalismo sea la regla para determinar la realidad del texto bíblico, la fe queda fundamentada sobre un piso falso y la aplicación de las Escrituras queda sometida a la conveniencia del intérprete. Es decir que deja de ser Palabra de Dios para convertirse en palabra de hombre. El principio que se desprende de las palabras de Jesús es que *la alegoría no niega la historicidad de las Escrituras*.

“*¿Nunca leísteis lo que hizo David?*” (Mc 2:25)

En muchas ocasiones Jesús fue atacado por sus actos realizados en el día de reposo. Al respecto puede verse apelando a un principio hermenéutico: *la necesidad social está sobre las expresiones rituales*. Jesús interpreta el día de reposo como una celebración hecha por causa del hombre. Pero para los judíos era un rito que debía guardarse fría y religiosamente. Recordar lo hecho por David significaba una interpretación más acorde con el carácter del día de reposo. La misericordia, la justicia social, el amor al prójimo y las buenas relaciones interpersonales son la mejor expresión de una sana relación con Dios. Una hermenéutica Cristocéntrica debe conducir a buscar el bien social antes que las expresiones rituales.

“*Ellas son las que dan testimonio de mi*” (Jn 5:39)

Jesús critica a los judíos porque escudriñaban las Escrituras, pero le rechazaban a él, de quien precisamente, hablaban las Escrituras. Para Jesús, no tiene sentido escudriñar las Escrituras si

no es con el objetivo de hallarle, según lo cual se puede concluir que *Jesucristo es el centro y propósito de las Escrituras*.

Si bien es cierto que la proclamación del evangelio sin atender las necesidades sociales resulta falaz, también es cierto que atender las necesidades sociales sin llevar a las personas a Jesucristo, resulta vano. Todo tipo de filantropía o humanismo, que no tenga en cuenta la necesidad del ser humano de llegar al conocimiento de Jesucristo es efímero.

“Hoy se ha cumplido esta escritura” (Lc 4:21)

Cuando Jesús leyó las promesas de libertad, sanidad y buenas nuevas escritas por el profeta Isaías, las interpretó como una alusión a Él. Jesucristo es el cumplimiento de las promesas vetero testamentarias de liberación. El principio hermenéutico, entonces, es: *las profecías de liberación se cumplen en Jesucristo*.

Ninguna actividad liberadora llevada a cabo por la iglesia sería completa, si no se fundamenta en la libertad integral que vino a ofrecer el Hijo de Dios. Cuando la proclamación del evangelio de Jesucristo se ve desplazada por ofrecimientos de éxito o prosperidad material, se renuncia a la posibilidad de conocer la verdadera libertad.

Este no es un análisis completo de la hermenéutica de Jesús. Solamente se han destacado algunas de sus frases más sobresalientes. Pero se puede evidenciar que la vida de Jesús fue consistente con su acercamiento a las Escrituras. Como toda doctrina, la doctrina de la prosperidad tiene que ser reevaluada a la luz de la hermenéutica usada por el Maestro, o de lo contrario, la iglesia terminará cercenando su propia cabeza para seguir las pasiones de su cuerpo.

IV. El problema conceptual

Puesto que muchos de los términos utilizados en la doctrina de la prosperidad y en la respuesta que a esta pueda darse, suelen ser susceptibles de múltiple interpretación, o llegan a ser cargados de connotaciones que varían según el contexto o según quien los maneje; es necesario que se establezcan los conceptos bíblicos que algunos de estos términos expresan, de tal forma que al hablar del tema, sea el concepto bíblico el que ilumine la interpretación, y no la mentalidad moderna o de moda.

El autor considera clave, dado el propósito del proyecto; identificar el concepto del NT con respecto a “riqueza”, “pobreza”, “discipulado” y “fe”. Conceptos que serán los que se adopten para el manejo del tema, en la presente investigación.

Riqueza.

En el idioma original del NT se encuentra una serie de palabras relacionadas con el concepto de riqueza, las cuales se mencionan a continuación.

τιμότης. Esta palabra aparece sólo una vez (Ap 18:19), para hacer referencia a la “riqueza” o prosperidad de la gran Babilonia, de la cual muchos se enriquecieron y cuya caída se advierte en el Apocalipsis.

εὐπορία. Palabra que aparece una sola vez como nombre (Hch 19:25), y hace referencia a la “riqueza” obtenida por los vendedores de templecillos de plata de la diosa Diana. Pero también aparece una vez en forma verbal, εὐπορέω (Hch 11:29), en la que se refiere a “prosperar” o “tener”, económicamente.

εὐοδός. Quiere decir “prosperar”. Aparece en tres pasajes; uno de los cuales se refiere a un viaje próspero (Ro 1:10); otro se refiere a prosperidad financiera (1Co 16:2); y el tercero a una prosperidad integral (3Jn 2).

μαμωνᾶς. Esta palabra aparece en dos pasajes (Mt 6:24; Lc 16:9-13), traducida como “riqueza”, y en juntos pasajes es Jesús quien la utiliza para hacer contraste entre servir a Dios o a las riquezas. Es decir que μαμωνᾶς personifica a un señor a quien se puede llegar a servir en lugar de Dios. Siendo una palabra aramea, se ha considerado que proviene del hebreo מָאָן (āman) que significa “ser fiable”, lo cual la hace útil para representar a un amo (Balz & Schneider, 2001).

χρῆμα. Esta palabra aparece en cinco pasajes, cuatro de ellos escritos por Lucas (Mr 10:23,24; Lc 18:24; Hch 4:37; 8:18-20; 24:26). Se traduce como “riqueza”, “precio” o “dinero”, y en todos los casos se usa para referirse a posesiones materiales.

πλοῦτος. Este es el concepto que con mayor frecuencia se usa en el NT, pues debe tenerse en cuenta toda una familia que comparte la misma raíz: πλούσιος, adjetivo que se traduce “rico”; aparece 28 veces, de las cuales 24 hacen alusión a riqueza material. πλουσίως, adverbio que se traduce “ricamente”; aparece 4 veces, pero en ninguna de ellas se refiere a cosas materiales. πλουτέω, verbo que quiere decir “ser rico” o “hacerse rico”; aparece 12 veces, de las cuales siete se refieren a riqueza material, y cinco se usan de forma metafórica.

πλουτίζω, verbo que quiere decir “hacer rico” o “enriquecer”; aparece 3 veces, pero ninguna se refiere a riqueza material. πλοῦτος, nombre que se traduce como “riqueza”; aparece 22 veces, haciendo referencia a la abundancia, pero sólo en seis casos se refiere a cosas materiales.

θησαυρός. Este nombre que se traduce como “tesoro”, aparece 18 veces en el NT; 12 de las cuales se usa en forma metafórica. La forma verbal θησαυρίζω, que quiere decir “acumular tesoros” o “atesorar”, aparece 8 veces; de las cuales dos en forma metafórica, y las demás con referencia a posesiones materiales.

φιλαργυρία. Nombre que aparece una sola vez (1Ti 6:10), traducido como “amor al dinero”; por la unión que hace entre φιλία “amor”, y αργυριον “dinero” o “piezas de plata”. Pero su correspondiente adjetivo φιλαργυρος, aparece dos veces más (Lc 16:14; 2Ti 3:2), traducido como “avaro”. Obviamente, haciendo referencia a lo material.

En resumen, estos términos se usan para hacer alusión a bienes materiales en 67 ocasiones en el NT. Es abrumadoramente significativo que en sólo tres casos el concepto de riqueza no sea presentado directamente como un anti valor: Cuando los magos de oriente abrieron sus “tesoros” para ofrecer al niño Jesús (Mt 2:11); la referencia a José de Arimatea como el hombre “rico”, quien habiendo sido discípulo de Jesús se encargó de su sepultura (Mt 27:57); y la mención a los “ricos” de este siglo, los cuales son exhortados a ser generosos (1Ti 6:17). Es decir, que el 95 % de las referencias a las riquezas materiales en el NT, tienen una connotación negativa: se critica (Stg 2:6), se rechaza (Mt 13:22), o se presenta como algo indeseable (Lc 6:24,25), o por lo menos, peligroso (1Ti 6:10). Sin embargo, no se condena la posesión de riquezas, o las riquezas mismas, sino que se enfatiza la tendencia humana a poner su corazón y su confianza en las riquezas (Lc 18:23,24), lo cual aparta al ser humano de Dios (Mt 6:24). Finalmente hay que decir que en el NT no aparece ni una sola exhortación a la búsqueda de riqueza y, por el contrario, Jesús exhorta a sus discípulos a no hacer tesoros en la tierra (Mt 6:19).

Para efectos de este proyecto, el término “riqueza” o “prosperidad” se usa entonces, en un sentido estrictamente material.

Pobreza

Para referirse al concepto de pobreza, el NT usa tres raíces griegas.

πένης. Nombre masculino que hace alusión a una persona caracterizada por ser “pobre”, y que aparece una sola vez en el NT (2Co 9:9). De la misma raíz está el adjetivo *πενυχρός*, que se traduce como “pobre” o “necesitado”, y que también aparece una sola vez en el NT (Lc 21:2). Las dos palabras conllevan la idea de escasas material.

ὑστέρησις. Es un nombre femenino que se traduce como “pobreza” o “necesidad”, y aparece solamente dos veces en el NT (Mr 12:44; Fil 4:11). Como un sinónimo neutro, de la misma raíz se encuentra el nombre *ὑστέρημα*, el cual aparece 9 veces en el NT, implicando “falta de algo”. Y el verbo *ὑστερέω*, que se refiere a “tener necesidad” o “carecer de”, el cual aparece 16 veces en el NT. La mitad de las veces que aparecen estas palabras hacen referencia a la falta de recursos materiales; la otra mitad se refiere a otros tipos de necesidad.

πτωχος. Este adjetivo es la palabra más usada en el NT para referirse a “pobre” o “mendigo”, materialmente hablando. Aparece 24 veces, y sólo dos de ellas no hacen referencia a pobreza material: “pobres en espíritu” (Mt 5:3); y “pobres rudimentos” (Ga 4:9). Pero de la misma raíz está el verbo *πτωχεύω*, que aparece una sola vez (2Co 8:9), traducido como “hacerse pobre”, refiriéndose a Jesús. El nombre *πτωχεία*, que significa “pobreza”, se encuentra en dos pasajes (2Co 8:2,9; Ap 2:9), y en juntos se refiere pobreza material. De la misma raíz también se encuentra *πτωσις*, traducida como “ruina” o “caída”, pero sólo aparece dos veces, usadas metafóricamente (Mt 7:27; Lc 2:34).

Se puede evidenciar que el concepto de pobreza en el NT no se presenta como un defecto o una condición indeseable. De las 42 referencias a la pobreza material en el NT, sólo en dos ocasiones puede notarse una connotación negativa o de crítica: La necesidad en que cayó el hijo pródigo por malgastar sus bienes (Lc 15:14); y una afirmación irónica contra la iglesia de Laodisea (Ap 3:17). Por lo demás, la pobreza suele ser exaltada (Lc 16:22), relacionada con la generosidad (2Co 8:1, 2), con la humildad (Fil 4:12), con la piedad (1Ti 6:6-10), con la fe (Stg 2:5); y se considera una realidad inevitable (Mr 14:7), por lo cual se promueve la generosidad hacia los pobres. Si bien en el NT no se invita a buscar la pobreza, mucho menos se motiva a huirle, y más bien se exhorta a contentarse con lo estrictamente necesario para sobrevivir (1Ti 6:8); mientras que el mismo Señor Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre (2Co 8:9).

Discípulo

A los discípulos de Jesús se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía (Hch 11:26), y desde entonces, ese ha sido el nombre con el que la iglesia de Jesucristo ha sido conocida a través de los siglos. Cristianismo, iglesia cristiana o cristianos, son los términos con los cuales se ha identificado a todos aquellos que de una u otra forma creen y proclaman el nombre de Jesucristo. Esa iglesia que durante los primeros tres siglos de su historia fuera perseguida y condenada, precisamente bajo la acusación de ser cristianos. Esa iglesia cuya doctrina se mezcló con toda clase de prácticas paganas a raíz de que fuera reconocida como la religión del imperio romano a partir de Constantino. Esa iglesia que llegó a fundir la religión con la ciencia y el poder político durante siglos de oscurantismo. Esa iglesia que ha sido promotora y causante de diversas guerras y derramamiento de sangre en la búsqueda de convertir por la fuerza a pueblos y naciones, condenando como herejes a todos aquellos que se opusieran a los dogmas establecidos. Esa ha sido la iglesia cristiana. Su nombre no ha impedido que se cometa todo tipo de injusticias y crímenes contra la humanidad en nombre de la religión.

Pero cuando se observa el origen de su nombre, es importante destacar que la palabra *χριστιανός* sólo se menciona tres veces en el NT, y en ningún caso como una auto denominación de la iglesia o los discípulos, sino como un apodo que llegó desde afuera, en un sentido despectivo: Cuando se les empezó a llamar así en Antioquía (Hch 11:26); cuando el rey Agripa la usó, hablando con Pablo (Hch 26:28); y una vez en que Pedro hace referencia a padecer como cristiano (1P 4:16). Sin embargo, en la respuesta a Agripa, Pablo rehúsa utilizar el mismo término, prefiriendo decir “tal cual soy yo” (Hch 26:28). Y no es que Pedro haya adoptado el adjetivo para los hermanos, sino que probablemente estaba haciendo alusión a la acusación bajo la cual algunos de la iglesia estaban sufriendo persecución: ser cristianos.

El nombre con el que se identificaron los primeros individuos de la iglesia era el de discípulo, y en contraste con el de cristiano, la palabra griega para discípulo, *μαθητης*, se encuentra 270 veces en el NT, más una vez en que aparece el femenino *μαθητρια* (Hch 9:36); y cuatro veces el verbo *μαθητεύω*, “hacer discípulos”. Estos términos aparecen sólo en los evangelios y en Hechos. A partir de Romanos los discípulos se llaman “hermanos”, *ἀδελφός*, palabra que aparece 376 veces en todo el NT, incluyendo el femenino, *ἀδελφή*; y sólo en una carta no se menciona (Tito).

El término “discípulo” enfatiza la condición de imitador que tienen los creyentes en Jesucristo. Un discípulo es quien sigue (Mt 16:24), aprende (Mt 11:29), obedece (Jn 8:31), y representa (Jn 13:20) a su maestro. Pablo exhorta a los hermanos para que lo imiten, así como él imita a Cristo (1Co 11:1). Jesús aseguró a sus discípulos que ellos harían cosas mayores que las que él había hecho (Jn 14:12). Pero la imitación a Jesús tiene que ver específicamente con su carácter (Ef 4:13-16), no con sus actos portentosos (Mt 7:21-23).

En el texto griego de Mateo 28:19,20, en donde Jesús comisionó a sus discípulos, sólo aparece un imperativo, el verbo μαθητεύσατε, “haced discípulos”. Aunque la mayoría de las traducciones al español presentan dos imperativos (“Id” y “haced discípulos”), la acción de ir aparece en forma de participio, más como una presuposición que como un mandato; la fuerza de la orden es discipular, es decir que se puede traducir “yendo, haced discípulos”.

Con base en lo anterior, en este proyecto se utiliza el término “cristiano”, para hacer referencia a quien profesa la religión cristiana. Pero, en contraste, se utiliza el término “discípulo”, para señalar a quien busca imitar el carácter de Jesucristo, y por lo tanto, forma parte de su iglesia.

Fe

Tal vez la fe, sea el concepto bíblico más tergiversado en el cristianismo de todos los tiempos, particularmente cuando ha abrazado doctrinas y creencias que tienen que ver con el poder y la capacidad de lograr conquistas y objetivos terrenales. Aunque tenga un trasfondo religioso, la fe no es un concepto de manejo exclusivo de la iglesia o la religión; se ha convertido en un elemento cultural. Se apela a la fe en Dios, en la religión, en la medicina, en la suerte, en los demás, en sí mismo, etc. Y se termina teniendo fe en la fe. El problema es cuando se interpreta el concepto bíblico, a la luz de los conceptos culturales de fe, como suele suceder con muchas otras enseñanzas escriturales.

La palabra griega del NT traducida como fe es πίστις, la cual aparece 245 veces. De la misma raíz aparecen el verbo πίστεύω, “creer” (248 veces); el adjetivo πιστός, “fiel” (68 veces); el adjetivo πιστικός, “puro” o “genuino” (dos veces); el verbo πιστόμαι, “estar convencido” (una vez); el nombre ὀλιγοπιστία, “poca fe” (una vez). La única carta del NT donde no aparece ninguna de estas palabras es la segunda de Juan, pero Juan las usa en sus demás escritos.

Lo primero que salta a la vista en el NT, es que la palabra πίστις, también traduce “fidelidad”. Es decir que los conceptos de fe y fidelidad son inseparables en el NT. La fe implica “estar persuadido” (Mc 9:21-24); “confiar” (Mt 15:21-28); “obedecer” (Jn 19:18, 19); “permanecer fiel” (1P 1:6-9); y por lo tanto, “esperar” (2Ti 4:7,8). No se trata de una espera pasiva, carente de compromiso, sino de una espera en obediencia y disposición al sacrificio. En el libro de Hebreos se define la fe como “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Heb 11:1). Pero el único logro en la tierra garantizado por la fe, es el “buen testimonio” (Heb 11:2). No triunfos, ni victorias, ni prosperidad (Heb 11:39,40). Al observar cada uno de los ejemplos de personas de fe colocados en Hebreos, se puede apreciar que lo que hicieron estas personas, simplemente fue obedecer y servir fielmente a Dios. A algunas personas les fue muy bien gracias a la fe (Heb 11:33,34); pero otros tuvieron que sufrir hasta el martirio (Heb 11:36-38), incluyendo al “autor y consumidor de la fe” (Heb 12:2). Tal vez por eso, el autor de Hebreos menciona el tema del sufrimiento y la disciplina del Señor en el contexto de la fe (Heb 12:4-11); pues para muchas doctrinas modernas, el sufrimiento y la fe son mutuamente excluyentes, pero en Hebreos, el sufrimiento prueba y perfecciona la fe.

Hay que destacar la importancia que Juan le da al sentido activo de la fe (ser fiel), lo cual puede notarse por el uso que hace de las palabras. A pesar que el sustantivo πίστις aparece 250 veces, Juan es el único autor del NT que no la usa (excepto una vez en 1Jn 5:4). Mientras tanto, de las 248 veces que aparece el verbo πιστεύω, Juan lo usa 95 veces en su evangelio y 10 veces en la primera carta, una relación que no puede pasar desapercibida, pues esto enfatiza que la fe no es algo que se tiene, sino algo que se vive. Para Juan resulta mejor decir “soy fiel” que decir “tengo fe”.

En el NT, la fe no tiene nada que ver con algún poder mental, fuerza interior, dominio metafísico, o cuarta dimensión, como piensa Yonggi Cho (1980); sino con seguir fielmente la voluntad de Dios, cueste lo que cueste. Las metas de la fe no son establecidas por el discípulo, sino por el maestro, quien precisamente oró diciendo “pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt 26:39). La certeza de lo que se espera, entonces, se basa en la fiabilidad de Dios, no en la fuerza de la fe, de tal manera que el NT no permite que se hable de una “fe ciega”, sino de confianza absoluta en Dios. Por otro lado, el NT menciona algunos casos aparentes de fe que el mismo Jesús se encarga de deslegitimar: la mera convicción intelectual de Nicodemo (Jn 3:1-3); la búsqueda interesada de la multitud (Jn

6:25,26); la religiosidad estricta del fariseo (Lc 18:9-14); o la capacidad milagrosa de muchos (Mt 7:22,23).

Así que en esta investigación, se usa el concepto de fe para hacer referencia a la obediencia incondicional a la voluntad y a la Palabra de Dios bajo cualquier costo, sin que eso implique necesariamente demostraciones de poder.

V. El problema teológico

Las presuposiciones teológicas determinarán sustancialmente cualquier juicio que se haga acerca de la doctrina de la prosperidad. Esto es cierto con respecto a cualquier doctrina que se pretenda evaluar; pero es particularmente importante cuando se busca hacerlo en el marco de un discipulado radical, pues siendo Jesucristo la medida y el lente a través del cual se pretende auscultar; la conceptualización teológica acerca de Cristo será la que marque el punto de referencia para cualquier argumentación y práctica.

En lo que respecta a la doctrina de la prosperidad, existen dos perspectivas teológicas que, a juicio del autor, tiene que ponerse sobre la mesa de discusión, pues mientras más conciencia haya de las presuposiciones teológicas, mayor luz se arroja sobre el tema. Tiene que ver con la posición que se adopte, consciente o inconscientemente, entre lo que se ha denominado “teología de gloria” y “teología de la cruz”. Cualquier juicio de valor que se haga acerca de las posesiones materiales estará matizado por dicha posición. La teología de gloria pretende explicar a Dios desde sus atributos trascendentales de omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia, soberanía y santidad; de tal manera que la idea de hijo de Dios se concibe desde esa óptica, como alguien llamado a disfrutar y, en alguna medida, imitar esos atributos. La teología de la cruz concibe a Dios desde la persona de Jesucristo, como un Dios humano y cercano; y principalmente, un Dios sufriente y clavado en una cruz; lo cual conlleva la idea de que los hijos de Dios están llamados a renunciar a sí mismos y enfrentar el sufrimiento con la misma humildad que lo hiciera el Señor.

Diferencias entre teología de gloria y teología de la cruz

Si se pudiera definir en pocas palabras la diferencia entre estas teologías, se podría decir que: En la teología de gloria, el hombre procura trascender lo celestial para encontrar a Dios; mientras que en la teología de la cruz, Dios se humaniza para encontrar al hombre. Mediante la cruz, puede verse el intento de Dios por facilitar y acortar el camino de reconciliación con su criatura; pero mediante la gloria, esa criatura complica el encuentro divino - humano. La

teología de gloria hace que el cristianismo llegue a confundirse con las religiones en las que la humanidad busca a Dios mediante la divinización del hombre. Por el contrario, la teología de la cruz muestra la diferencia entre la iglesia de Jesucristo y otros sistemas religiosos, pues Dios es quien toma la iniciativa para darse a conocer, y lo hace en condición de hombre. La gloria lleva a la teología hacia la formulación de especulaciones y conceptos que aunque puedan ser veraces, obscurecen la posibilidad de una relación cercana con Dios. Esto hace de la teología, una filosofía fría, teórica y abstracta, que satisface la curiosidad del hombre y su deseo de conocimiento, pero no le permite vivir el calor del amor de Dios. La de la cruz es una teología práctica y cercana que permite ver la posibilidad de la relación íntima con Dios. La gloria obliga ver a Dios desde lo inaccesible de su grandeza, mientras que la cruz permite verlo desde la cercanía de su amor. La teología de gloria es el hombre queriendo ser divino, mientras que en la cruz Dios enfrenta al hombre con su humanidad, como lo expresa Moltmann (1977):

«Teología de la cruz» es, *expressis verbis*, una formulación utilizada por Lutero en 1518 en la disputa de Heidelberg para completar el conocimiento reformador del evangelio liberador del Crucificado contra la *theologia gloriae* de la sociedad eclesiástica en la edad media.

Apoyándose en Pablo, Lutero opone polémicamente el conocimiento de Dios a partir de su pasión y cruz al conocimiento de Dios adquirido a partir de sus obras en la creación y la historia. No niega que pueda haber para el hombre en sí un conocimiento indirecto de Dios basado en la creación, la historia y el alma. Pero el hombre ya no está en sí, sino de hecho fuera de sí. Es realmente pecador, aunque ha sido creado a imagen de Dios. El monstruo que el hombre es, que tiene que elevarse a sí mismo, porque no puede aguantarse en su ser, utiliza por lo mismo, de hecho, estos conocimientos religiosos sólo en orden a su autodivinización. Por eso no le ayudan para la humanidad, sino que potencian únicamente su monstruosidad. El conocimiento de la cruz es el de Dios en su sufrimiento por causa del monstruo que es el hombre, es decir, por contraposición a todo lo que el monstruo busca y quiere alcanzar como algo suyo divino. Por eso este conocimiento no lo confirma, sino que lo destruye. Destruye al dios infelizmente activo en que quisiéramos convertirnos, devolviéndonos a nuestra humanidad solitaria y despreciada. El conocimiento de la

cruz provoca un conflicto de intereses entre el Dios humanado y el hombre que quiere divinizarse. (p. 107)

Así que la teología de la gloria es consecuencia del menosprecio de la condición humana, e igualmente conduce a ese menosprecio, lo cual genera un círculo vicioso contrario al propósito divino, pues Dios hizo al hombre *“un poco inferior a los ángeles”* (Heb 2:7) y le entregó soberanía sobre el resto de la creación. El hombre quiso ser igual a Dios, menospreciando su condición humana y dependiente, lo cual le llevó a la separación de su creador. Sin embargo, en la búsqueda de ese creador, por medio de la gloria, se persiste en menospreciar la condición humana que, por el contrario, Dios valora al punto de hacerse hombre, y en condición de hombre morir en una cruz. En la teología de gloria se rechaza el dolor y el sufrimiento; se persigue la gloria, la exaltación, el poder y el triunfo. Por esta razón, para diferenciarla de la teología de la cruz, se puede echar mano de las palabras de Jesús a Pedro, cuando éste trató de hacerle sentir autocompasión: *“Porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”* (Mt 16:23). Las palabras de Jesús muestran que tratar de evadir el sufrimiento es un asunto humano, pero afrontarlo es cosa de Dios. En otras palabras, y aunque resulte paradójico, la teología de gloria es cosa de hombres pero la teología de la cruz es cosa de Dios.

Algunos teólogos de la cruz

Aunque no todos los teólogos de la cruz formulan sus teologías de una forma unánime, lo hacen desde un mismo punto de partida. Baste observar los aportes de unos cuantos teólogos para apreciar lo que la teología de la cruz puede significar para la evaluación de la doctrina de prosperidad.

Martín Lutero. Tuvo que convivir con una iglesia influenciada por la teología de gloria, cuando el temor a un Dios castigador e iracundo era la constante en los creyentes del común. Pero el reformador encontró a un Dios humano que le llevó en 1535 a escribir:

Deja de especular sobre Dios; deja de subir al cielo para ver quién es Dios, o qué es Dios. Aférrate al hombre Jesús. Él es el único Dios que tenemos. Todo lo que es Dios está en Jesús. Dios ha escogido revelarse en la persona de su Hijo el Señor Jesucristo, Dios en forma humana. (Comentario sobre Gálatas)

Para Lutero (1518), Dios no debe ser conocido por medio de las cosas invisibles de Él, es decir, su poder, divinidad, sabiduría, justicia, etc.; sino por medio de sus cosas inferiores y visibles como su humanidad, su debilidad y su necesidad. Decía que “no es suficiente ni provechoso para nadie conocer a Dios en su gloria y majestad, si no se le conoce también en la humildad y en la vergüenza de la cruz” (p. 41). Lutero ayuda a entender el trasfondo de muchas creencias, especialmente al hacer ver la influencia del pensamiento griego sobre la iglesia. La iglesia creció, se desarrolló y se fortaleció en un mundo completamente permeado por la cultura helenista. Es imperativo que se identifique si el origen de la teología de la iglesia cristiana es bíblico o filosófico.

Karl Barth. Este teólogo enfatiza la humanidad de Dios en contraste con el Dios “completamente otro” (p. 16), difícil de identificar, y que tiene más parecido al Dios de los filósofos, que al Dios de los patriarcas del AT (Barth, 1978). En sus *Ensayos Teológicos* (1978), Barth decía:

Quien es Dios y qué es su divinidad lo manifiesta y revela, no en el marco vacío de un ser-para-sí divino, sino que lo hace de una manera auténtica precisamente en el hecho de que existe, habla y actúa como *compañero* del hombre, aunque sin duda por encima de él. Quien hace *eso* es el Dios vivo. Y la libertad con que hace *eso* es su divinidad. La divinidad que por sí misma tiene también carácter de humanidad. De esta forma, y sólo de esta forma, había y hay que oponer la tesis de la divinidad de Dios a la teología de antaño: con una aceptación positiva, no con el rechazo atolondrado de la *partícula veri* que es imposible negarle, aun penetrando íntimamente en su debilidad. La *divinidad* de Dios debidamente entendida incluye también su humanidad. (p. 17)

Los conceptos de Barth son enriquecedores en el área pastoral. Al presentar a un Dios tan humano como divino, conduce a pensar en la responsabilidad que tiene el pastor, de facilitar el acercamiento entre las ovejas y el Príncipe de los pastores. Muchas veces resulta más fácil adoptar el papel de condenar al pecador llevándolo ante un Dios santo y temible que exige una vida igualmente santa. Fue ese el papel adoptado por los “santos” escribas y fariseos cuando llevaron a la mujer sorprendida en adulterio delante del gran maestro Jesús

para que escuchase la sentencia de muerte. Jesús, sin embargo, bajó de su pedestal a aquellos líderes del pueblo hacia su verdadera condición de hombres pecadores y luego, siendo Dios, como si estuviera a la misma altura de la mujer pecadora, dijo: *“yo tampoco te condeno”* (Jn 8:1-11).

Jürgen Moltmann. Plantea la tesis del Dios crucificado como el punto de partida de la teología cristiana, y por lo tanto la comprensión de Dios desde su muerte, la muerte de Dios. Según Moltmann, el significado de la cruz debe entenderse más desde la relación Padre – Hijo, que desde la relación pecado – salvación. En ese sentido cita a P. Althaus quien decía que *“Jesús murió por Dios antes que por nosotros”* (p. 277); y asegura que *“un grave defecto de la teología antigua del protestantismo fue el no haber interpretado la cruz a partir ya de la relación del Hijo con el Padre, sino haberla relacionado directamente con el pecado de la humanidad como muerte expiatoria”* (p.277).

Si bien es cierto que para la iglesia de todos los tiempos ha sido claro el imperativo de mirar a Jesús como el paradigma del carácter, en la práctica ha resultado absurdo por lo menos por dos razones: porque se considera demasiado santo como para llegar a ser como él, o porque donde se busca imitarlo es en el campo de su poder y su grandeza. Al fin y al cabo, Jesús mismo dijo: *“El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará...”* (Jn 14:12). El énfasis que se encuentra en el aporte de Moltmann provoca meditar en lo que realmente debe ser el carácter del discípulo de Jesucristo. Al dimensionar al maestro, Jesús, como un Dios humanado y sufriente, en lugar de verlo como el Todopoderoso y apartado Señor, deja ver la posibilidad de llegar a ser como él, pero también conduce a corregir el sentido de las pisadas en pos suyo. Resulta mucho más atractivo ser como el Dios de gloria, que todo lo sabe y todo lo puede. Pero es más coherente con la condición humana, ser como el hombre que sufrió y lo dio todo por amar y servir. Es más deseable alcanzar esa fe de la que él dijera: *“si tuviereis fe como un grano de mostaza, ...nada os será imposible”* (Mt 17:20). Pero esa fe no se alcanza sin cargar aquella cruz de la que él dijo: *“Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”* (Lc 14:27). Imitar a Jesús no es hacer lo que él hizo, sino ser como él fue. Lo sobrenatural puede que acerque al poder de Dios, pero el sufrimiento acerca a su carácter.

Jacques Ellul. Para este teólogo resulta fundamental el estudio de Dios desde lo histórico. La Biblia no es un tratado filosófico de Dios, sino el registro de su actuar en la historia de la

humanidad. Es por eso que critica a todos los teólogos que han filosofado acerca de Dios, afirmando que éstos “utilizaron el texto bíblico en función de sus necesidades en lugar de escuchar lo que el texto dice” (p. 36). En la Biblia debe buscarse la Palabra de Dios en medio de lo histórico y no en la formulación de conceptos y filosofías. Ahora bien, para Ellul, la máxima expresión de esa Palabra de Dios en lo histórico es el mismo Jesucristo; “para llevar a cabo su obra Dios no nos envía un libro de metafísica ni un libro sagrado de revelaciones gnósticas ni un sistema epistemológico completo ni una sabiduría acabada; nos envía un hombre” (p. 38). Así que, pararse para mirar hacia atrás; evaluar el transcurrir de los acontecimientos; discernir las implicaciones de la historia, resulta fundamental para comprender lo que se ve y lo que se cree. En esto radica la importancia del aporte de Ellul (1990). De una forma corta pero global se puede ver diagnosticada la solución teológica que se ha manejado, lo cual debe sensibilizar la razón para abrirla hacia una meditación teológica pero “aterrizada”.

Cuando se comparan las posiciones de Lutero, Barth, Moltmann y Ellul; con respecto a su comprensión de la obra de Jesucristo; lo primero que salta a la vista, es que el fundamento y punto de partida de los cuatro es perfectamente claro y común: Sólo se puede conocer a Dios mediante la persona de Jesucristo, humano, sufriente y humillado. Igualmente coinciden, aunque con diferentes términos, en que el atributo sobresaliente, a través del cual Dios se revela en su hijo, es el amor. Para los cuatro autores es un hecho innegable que la humanidad de Dios es inherente a su divinidad, y por lo tanto, Dios no necesita excluir su humanidad para mostrarse Dios. Con base en esto, para todos es innecesario la búsqueda del conocimiento de Dios por medio de lo divino, pudiéndose hacer por medio de lo humano. Además, como lo deja entender Barth (1978), la divinidad de Dios lo aleja del hombre.

Otra coincidencia sobresaliente es la forma como consideran la teología de gloria, cuya tendencia es la de “hinchar” al hombre. Por su fundamento filosófico y la influencia del pensamiento griego, esta teología conduce al rechazo del sufrimiento y a la búsqueda de triunfos; divinizando al hombre. Sin embargo, como lo enfatiza Ellul (1990), el Dios de la biblia no se revela en un sistema filosófico, sino en la historia de los hombres, es un Dios temporal e histórico. En este sentido presentan la fe cristiana como opuesta al concepto teísta.

Puesto que Moltmann comenta la tesis de Lutero, es lógico encontrar coincidencias entre los dos. Por ejemplo, coinciden en afirmar que el dolor y el sufrimiento fue la forma

escogida por Dios para contradecir la gloria y la belleza buscada por el hombre. Por lo tanto el “autorrebajamiento” de Dios, al hacerse hombre y morir en una cruz, “desdiviniza” al hombre. Presentan a Dios como un Dios que sufre y que, por lo tanto, contradice la conceptualización de un Dios que, por ser todopoderoso es ajeno al dolor.

Mark Baker. En su libro *¿Dios de ira o Dios de amor?* (2000), Baker hace la misma denuncia de Lutero, Barth, Moltmann y Ellul; es decir, que la conceptualización de Dios como justo, soberano y todopoderoso distorsiona la imagen acerca del carácter de Dios y obstaculiza la relación entre Dios y el ser humano. Pero Baker lo aplica concretamente al manejo del sentimiento de vergüenza que suele acompañar a todas las personas. Ahora, no es que el mal concepto que se tenga de Dios sea la causa del sentimiento de vergüenza, sino que el sentimiento de vergüenza genera una visión distorsionada de Dios. Para Baker la vergüenza nace del propio interior de las personas, al querer ser más o mejor de lo que se es, y esto lleva a sentirse desnudos, indignos y condenados delante de la perfección de Dios. En otras palabras, la vergüenza conduce a la teología de gloria.

Con base en la caída de Adán y Eva, Baker presenta, como el origen de la vergüenza, la falta de aceptación de la condición humana; la frustración por ser seres finitos. La desobediencia de la primera pareja, fue una evidencia del descontento con la condición humana. Esto es un concepto que también se encuentra en Moltmann, cuando presenta la teología de gloria como consecuencia del desprecio de la condición humana. Se puede decir, entonces, que la vergüenza afecta la visión por lo menos en tres sentidos: como el ser humano se mira a sí mismo, como mira a los demás y como mira a Dios. En el primer sentido, se buscan mecanismos o máscaras para ocultar la desnudez. En el segundo sentido, se llega a ser exigentes y jueces; señalando y condenando las debilidades de los demás. Y en el tercer sentido, no puede imaginarse a un Dios perdonador ni, mucho menos, tan humano como el hombre; sino un Dios que iracundo. El texto de Juan 8, es usado por Baker, tanto para mostrar esa constante humana de juzgar a los demás, como para mostrar a ese Dios que no condena sino que perdona.

Al igual que los otros teólogos mencionados, Baker lleva a la cruz, a la teología de la cruz. Allí presenta a un Dios sufriendo el dolor de una muerte vergonzosa. Así se puede experimentar a un Dios de amor que en lugar de señalar y acusar, comprende y acepta al ser humano. De esta forma, la vergüenza, que había generado la visión de un Dios glorioso y

perfeccionista, se desvanece ante la concepción de un Dios humano, humillado y dispuesto a amar a pesar de.

Kazoh Kitamori. Se ha dejado a este teólogo como última consideración, por tratarse de una forma diferente, por no decir extraña, de la teología de la cruz. “La teología del dolor de Dios” de Kitamori (1975), es evidentemente, una forma de expresión de la teología de la cruz, y por lo tanto, una contraposición a la teología de gloria. Centra toda su argumentación en un Dios amante, cuyo amor puede ser apreciado en su máxima expresión en el dolor experimentado por su hijo en la cruz. Aunque el autor divide su argumento en trece capítulos, su tesis se podría enmarcar en cuatro factores fundamentales que se reflejan en cada uno de esos capítulos y en todos como conjunto:

En primer lugar “El amor de Dios”. Kitamori utiliza este concepto para referirse a la forma como Dios ha amado a su criatura sin obstáculos de por medio; razón por la cual lo denomina amor “*in-mediato*” (p. 49). En este sentido, es el amor de un padre hacia su hijo obediente. El hijo, por lo tanto, es digno de recibir ese amor, y puede verse en el estado original del hombre, así como en la vida de Jesucristo. Esta clase de amor es la que se manifiesta en la ley, pues se ama a quien merece el amor. Sin embargo, el ser humano dejó de ser digno de ese amor por causa de su pecado. La desobediencia ha llegado a alejar al hombre del amor de Dios, el cual ha llegado a convertirse en ira. El ser humano solo merece, y está expuesto a la ira de Dios.

En segundo lugar “El dolor de Dios” (p. 104). El dolor de Dios es la manifestación del perdón de Dios. En lugar de rechazar al pecador, Dios decidió abrazarlo, aun cuando ese perdón implicara la pérdida de su propio hijo, a quien amaba con un amor merecido. La muerte de Jesucristo muestra el dolor del padre y el dolor del hijo, con un propósito perdonador. El dolor de Dios se manifiesta amando a quien sólo merece la ira, y entregando al sufrimiento a quien realmente merece el amor. Puesto que el ser humano ha perdido el amor inmediato de Dios, el dolor de Dios es la forma para superar su ira. Para Kitamori, ese dolor de Dios es su esencia.

En tercer lugar “El amor enraizado en el dolor de Dios” (p. 41). Siendo que el dolor de Dios es manifestación de su perdón; gracias a ello se puede alcanzar de nuevo la condición de hijo, y por lo tanto, el amor de Dios. De esta forma, Dios logra que el hombre pecador llegue a ser obediente a él. Sin embargo, no se llega a ser hijo de Dios por filiación

natural, sino por filiación “*mediante la redención*”. Pero, puesto que el pecado se muestra rebelde, Dios está siempre en dolor para lograr alcanzarnos con su amor.

Y en cuarto lugar “La analogía del dolor” (p. 74). El hombre, perdonado y redimido, como hijo de Dios debe colocarse al servicio de Dios, mediante su propio dolor. “*Dios utiliza nuestro dolor como testimonio del suyo*” (p. 69). Así pues, el dolor de los hijos de Dios deja de ser evidencia de la ira de Dios para convertirse en evidencia de la gracia y el perdón de Dios. Por lo tanto, la ética cristiana se fundamenta en el dolor de Dios, que exige una vida de servicio a Dios mediante el dolor. El dolor de los redimidos es tanto por servicio a Dios como por servicio al prójimo, y la forma de destruir el pecado.

Es claro en el trabajo de Kitamori, que su teología tiene un sustento bíblico, lo cual hace plausible toda su argumentación. Sin embargo, aunque algunas cosas arrojan luz sobre la teología de la cruz; otras cosas generan dudas:

- Cuando menciona que “el corazón del evangelio me fue revelado a mí como el dolor de Dios” (p. 20); pues este tipo de pretensiones ha generado distintos abusos en la iglesia cristiana. Ya que Kitamori se basa en las Escrituras, se puede hablar mejor de la comprensión de la revelación de Dios para la iglesia.

- La afirmación de que “*La teología del dolor de Dios pretende ser una ciencia verdadera*” (p.34); parece un esfuerzo innecesario por buscar cabida bajo los parámetros de la razón humana.

- Por otro lado, dice Kitamori que “*El Señor fue incapaz de resolver nuestra muerte sin someterse él mismo a la misma muerte*” (p. 23); pero cabe preguntar si la muerte de Jesús evidencia una incapacidad en él, o más bien una incapacidad en ser humano.

- Además algunas de las afirmaciones de Kitamori, aunque aisladas, parecen falaces. Por ejemplo que “*El concepto de la trinidad jamás hubiera alcanzado tan perfecta y clara expresión sin la influencia del pensamiento griego*” (p.187), y que “*Esta verdad universal nunca hubiera sido descubierta del todo sin el Japón como su medium*” (p. 196). Con este tipo de afirmaciones, parecería que Kitamori articula su tesis influenciado por su trasfondo cultural.

- Cuando se habla del amor de Dios “inmediato”, se lo explica como un amor merecido, dada la obediencia del hijo. En este sentido, se concibe al ser humano, en su estado original, como digno del amor de Dios. Es decir, alguna vez el ser humano fue digno de ese amor. Esto no parece tener fundamento bíblico. Más bien parece que el amor de Dios

ha estado relacionado con su gracia que con la obediencia del hombre; aún desde antes la caída.

- Para hablar del servicio por el dolor de Dios, Kitamori pone como ejemplo a Abraham, a quien llama “*padre del servicio a Dios*” (p. 66), más que padre de la fe. Aquí se presentan estos dos aspectos como si fuesen diferentes. Pero precisamente mediante el servicio, fue que Abraham evidenció su fe (fidelidad). Por lo tanto no deben ser considerados como separados.

- Por otro lado, el uso que se hace de la doctrina de la justificación como una “*mística sana*” (p.108), choca con la apreciación de otros teólogos como Driver, acerca de esta misma doctrina. Para Driver (2000), la justificación no es a pesar del pecado. Según Kitamori, la doctrina de la justificación implica que Dios, en su dolor, “*sigue perdonando y abrazando el pecado que traiciona y rompe esta unión*” (p. 108). Pero realmente, Dios nunca perdona ni abraza el pecado, sino al pecador.

Aunque la teología de la cruz es el piso de un discipulado radical, y está ajustada a la revelación del NT, la forma como Kitamori presenta su teología del dolor de Dios raya en la polarización. Por un lado, la forma como habla de “odiarse a sí mismo” (p. 104), no hace total justicia al texto que usa como base. Las palabras de Jesús: “*el que odia su vida en este mundo*” (Jn 12:25), no corresponden exactamente con “el que se odia a sí mismo”. Por otro lado, se puede percibir que Kitamori considera el dolor humano como inevitable, indispensable y casi deseable, como si debiera buscarse. Para quien escribe este proyecto, este peligro se desvanecería si en lugar de concebir “el amor enraizado en el dolor de Dios”, se concibe “el dolor de Dios enraizado en su amor”. Es el amor de Dios el fundamento de su dolor, y por lo tanto, su dolor está enraizado en su amor, y no lo contrario.

Pero es importante destacar los elementos de Kitamori que arrojan luz sobre la teología de la cruz y sus implicaciones:

- La forma como Kitamori disuelve el falso dilema teológico entre el Jesús histórico y el Jesús predicado por Pablo es perfectamente claro; pues para él, el conocimiento que Pablo tenía sobre el dolor de Dios, por las Escrituras, le permitió interpretar a Jesús. Los mensajes de Jesús y de Pablo son coincidentes, el amor y el dolor son temas predicados por los dos.

- La explicación acerca de por qué Jesús parece dar mayor relevancia al amor que al dolor de Dios, diciendo que se debe a que “*perdonar es olvidar*” (p. 52); realmente es estremecedor. No tanto porque ponga al descubierto algo nuevo de Jesús, pues su humildad

es perfectamente evidente, sino porque provoca meditar acerca de cómo debe ser la forma de perdonar del verdadero discípulo.

- Cuando habla del dolor como la esencia de Dios, Kitamori denuncia cómo la iglesia ha perdido el asombro ante el mensaje del dolor de Dios. Esto es algo realmente confrontador, pues en las “celebraciones” litúrgicas se ha desplazado la centralidad del mensaje de la cruz en gran parte de la iglesia cristiana.

- Otro asunto que esclarece el entendimiento acerca del dolor en el ser humano, y que puede mostrar que Kitamori no está motivando la búsqueda del dolor, tiene que ver con lo que denomina “*la mística del dolor*” (p. 109). Aquí se menciona la necesidad de un “*médium*” (p. 115) de naturaleza distinta a uno mismo, el cual viene a ser la ira de Dios. Es decir, que no se trata de que el ser humano se inflija dolor u odio a sí mismo, sino que sepa recibir los castigos y el dolor que viene de afuera, con un espíritu de sacrificio y desprecio de sí mismo. Esto resulta coherente con el texto bíblico y elimina el peligro de la auto flagelación que el autor denomina “*mística insana*” (p. 115).

- Muy pertinente la aclaración acerca de que el pecado no le causa dolor a Dios sino ira. Su dolor proviene de su amor, no de los pecados del ser humano. A Dios no le hace sufrir el pecado, sino su búsqueda de reconciliación. Sin embargo, no se puede olvidar que fue el ser humano pecador quien causó la muerte de Jesús.

- La concepción del “amor inmediato” (p. 49), permite ver el error del liberalismo teológico, el cual ve el amor de Dios, pero pasa por alto su dolor; en esa concepción del amor de Dios, la muerte de Cristo habría sido en vano.

Evidencias de la teología de gloria en el pensamiento popular

Existen algunas tendencias populares en la forma como se concibe a Dios, que evidencian la influencia de la teología de gloria; no sólo en la religiosidad secular, sino también al interior de la iglesia, que pueden identificarse con las siguientes figuras:

El Dios abuelo. La figura del abuelo, por lo menos en la cultura latina, es la de un “cómplice” o “alcahuete”. Así es como muchas personas ven a Dios. Un Dios que acompaña y protege, sin esperar ni exigir absolutamente nada. Estas personas confían en que Dios les “socorra la lotería”, les bendiga un negocio deshonesto, les respalde en decisiones absurdas, les pase por alto todas sus “fechorías”. Como dicen algunos, “Dios cuida a sus borrachitos” Tal vez la causa de este concepto haya sido la cultura católica. El título de católico o cristiano se obtiene por el bautismo de infantes, y mientras se permanezca con ese título, la

vida que se lleve no le importa a Dios. Las imágenes que se tienen de Dios son las de un inocente niño que se relaciona con regalos, y la de un crucificado moribundo que sirve de amuleto. Con este concepto, las personas viven sólo para satisfacer sus caprichos, son egocéntricas, sabiendo que Dios, o “Diosito” como le llaman, siempre estará ahí para conceder esos caprichos.

El Dios verdugo. En otras mentes, posiblemente más religiosas, en personas de mayor contacto con medios espirituales, se concibe la idea de un Dios atento a cualquier equivocación, para cobrar “por derecha”. Estas personas ven en cada desgracia un castigo divino; viven asustadas por el temor de no hacer lo que le agrada a Dios. El origen de este pensamiento puede estar en un tipo de evangelización de carácter escatológico y amenazante. Muchos cristianos, con el deseo de lograr la conversión del pecado, presentan a un Dios vengativo. Igualmente, muchos padres buscan que sus hijos permanezcan en los caminos del Señor y creen que la mejor forma es asustándolos desde niños con el castigo divino. Este pensamiento ocasiona sentimientos de culpa y de vergüenza enfermizos, que impiden que las personas se perdonen a sí mismas, aunque Dios les haya perdonado. Viven torturándose y jamás alcanzan el gozo de la salvación.

El Dios negociante. Muchos consideran a Dios como un hábil negociante, pues ofrece sus bendiciones a cambio de obras de caridad, ofrendas o ritos que les satisfagan: Misas por salvación; ayunos por liberaciones; diezmos por abundancia; evangelización por coronas en el cielo; fe por milagros. Estas personas pretenden obligar a Dios a actuar puesto que han cumplido con sus demandas. Este concepto de Dios puede tener su origen en la cultura, en la que todo es negociable, donde el tráfico de influencias es imperativo, donde se consigue cualquier cosa si se sabe dar algo a cambio. El espíritu mercantilista se proyecta sobre el concepto que se tiene de Dios. Podría decirse que las consecuencias de este concepto en la vida de las personas son destructivas para el servicio y el ejercicio del amor, pues todo llega a hacerse con un interés de por medio. La figura de “la siembra y la cosecha”, central en la doctrina de la prosperidad es señal de este tipo de conceptualización.

La doctrina de la prosperidad, que se está asentando más y más en el pensamiento de la comunidad cristiana latinoamericana; pretende que el poder, la victoria y las riquezas materiales son inherentes a la vida de la iglesia y, concretamente, al cristiano, por su condición de hijo de Dios. Esta señal resulta seductora en un contexto de escasez e

incertidumbre, como la que viven gran parte de los pueblos latinoamericanos. Así que puede verse en la doctrina de la prosperidad, la versión moderna más representativa de la teología de gloria.

Pero al abordar esta doctrina desde el marco de un discipulado radical; con base en lo aquí expuesto, tiene que hacerse desde la base de la teología de la cruz. Desde la imitación de un Jesucristo que siendo rico se hizo pobre (2Co 8:9); un Jesucristo cuyos ojos no estaban puestos en los tesoros de la tierra (Lc 4:8); un Jesucristo que evidencia todo su dolor y su sufrimiento tanto en Getsemaní (Mt 26:38,39), como en la cruz, al decir “*Eli, Eli, ¿lama sabactani?*” (Mt 27:46).

VI. El Evangelio de Jesucristo frente a la prosperidad

Cuando Jesús comisionó a sus discípulos para que hicieran otros discípulos (Mt 28:19, 29), mencionó dos acciones que estaban implicadas en aquella tarea: “*...bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...*” El bautismo y la enseñanza están pues, ligados a la tarea de hacer discípulos. Pero ¿Qué era lo que tenían que enseñar los discípulos? No se trataba de una religión, ni de una tradición, ni de una doctrina fabricada por los propios discípulos; sino que guardaran las cosas que el mismo Maestro había mandado; es decir, enseñar el Evangelio de Jesucristo. Precisamente, una de las funciones del Espíritu Santo en su venida, sería la de recordar todo lo que Jesús había dicho (Jn 14:26). En eso consiste el discipulado.

Así que al confrontar la doctrina de la prosperidad con el discipulado, la primera pregunta que debe hacerse es ¿Qué dijo el Señor Jesús al respecto? En este capítulo se responde a esa pregunta, por medio de seis afirmaciones, sustentadas en los evangelios.

Las riquezas son una tentación diabólica

Los tres evangelios sinópticos relatan cuando Jesús fue tentado por el diablo en el desierto, y coinciden en ubicar esta perícopa inmediatamente después del bautismo de Jesús; es decir, antes del inicio de su ministerio público. Sin embargo, sólo Mateo (4:1-11) y Lucas (4:1-13) lo hacen de una forma extensa y detallada, describiendo cada una de las tres tentaciones.

Para examinar detenidamente los aspectos más relevantes del encuentro entre Jesús y Satanás, es importante que se observen los tres relatos de una forma comparativa:

Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás. (Mt 4:8-10)

Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás, y estaba con las fieras; y los ángeles le servían. (Mc 1:13)

Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos. Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. (Lc 4:5-8)

En el relato de las tentaciones de Jesús existen varios elementos que muestran al diablo como un ser personal: Mateo se refiere al tentador como alguien que se acercó (Mt 4:3); en el diálogo con Jesús, el diablo muestra su conocimiento de las Escrituras al citar una parte del salmo 91; el tentador asegura ser el dueño de todos los reinos del mundo y libre de entregarlos a quien quiere; y Jesús se dirige a su adversario con el imperativo "Vete, Satanás" (Mt 4:10). Por esto, Chafer (1974) refuta a quienes niegan la personalidad del diablo.

Los "saduceos modernos" buscan cómo hacer que el diablo llegue a ser sólo un "lenguaje figurado", "una personificación metafórica de la maldad", o "una ilusión de mentes inestables". Los tales niegan su personalidad como lo hacen en el caso de los demonios. Y Satanás los anima a creer así pues tales impresiones le sirven para quitar los prejuicios y temores acerca de sus obras infernales. En cuanto a lo dicho que el diablo es "lenguaje figurado" sin personalidad verdadera, podemos afirmar que tal figura no se ve como ángel creado que peca y que es jefe del reino de las tinieblas y que llegará algún día a su destino final, como el juicio de Dios eterno y justo. Una metáfora difícilmente entraría en un hato de cerdos para causar su destrucción inmediata. Ni tampoco una metáfora ofrecería los reinos de este mundo al Señor Jesucristo, afirmando que los tales le habían sido entregados para darlos a quien él quisiera. (p. 454)

La acción de tentar, expresada por el verbo griego *πειράζω*, tiene que ver con una intención destructiva. No se trata de una prueba de fidelidad o legitimidad, en cuyo caso el NT suele usar el verbo *δοκιμάζω*, sino que el tentador (*ὁ πειράζων*), siempre pretende hacer caer a su víctima. Es con esta clase de intención que dice Santiago que “Dios no tienta a nadie” (St 1:13). Mateo, a diferencia de Lucas, menciona el ofrecimiento que el diablo hace a Jesús de todos los reinos de la tierra, como la tercera tentación. Esto es significativo por varias razones: Se puede notar un progreso en la intención destructiva de las tentaciones; las dos primeras evidenciaron cierto sigilo de parte de Satanás, mientras que en la tercera deja ver toda su pretensión de ser adorado; Jesús no refuta la afirmación del diablo en cuanto a tener poder sobre los reinos de la tierra; y sólo después de ese ofrecimiento, Jesús ordena a Satanás que se vaya.

El ofrecimiento de riqueza, gloria y dominio, fue el clímax de las tentaciones del diablo, buscando la destrucción del Maestro. Un ofrecimiento que se presenta justo después de que se escuchara la voz del cielo afirmando la identidad del Hijo de Dios, y antes que se dispusiera para iniciar su ministerio público. Debe destacarse la relación directa existente entre la eventual aceptación de todos los reinos de la tierra por parte de Jesús, con la postración ante quien se los está ofreciendo, el diablo. Con base en esto, se puede inferir que la más grande tentación que Satanás preparó contra Jesús tuvo que ver con prosperidad.

El afán por las riquezas es desconfianza en Dios

Cuando Jesús abordó el tema de los bienes materiales, en el sermón del monte, hizo una marcada contraposición entre las riquezas (*θησαυρός*) en la tierra y las riquezas en el cielo.

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los

lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal. (Mt 6:19-34)

Aunque al hablar de los tesoros en el cielo, Mateo usa el mismo término que usa para referirse a los tesoros en la tierra, evidentemente lo hace de forma metafórica. Por supuesto que los tesoros en el cielo no son de orden material, pero los de la tierra, que son abiertamente rechazados por Jesús, sí lo son. Dos afirmaciones contundentes, de parte de Jesús menciona Mateo: *“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”* (v. 21); y *“No podéis servir a Dios y a las riquezas”* (v. 24). Con estas afirmaciones se descarta que el interés por enriquecerse sea una opción para el discípulo, cuyo corazón está puesto en Dios.

La expresión *“No podéis servir a Dios y a las riquezas”*, también es mencionada por Lucas (16:13), siendo éstas las dos únicas veces que aparece en el NT la palabra μαμωνᾶς, que se traduce como “riqueza”. Como se había dicho antes, se piensa que μαμωνᾶς proviene del hebreo מָאֵן (āman) que significa “ser fiable”; de tal manera que Jesús pudo haber utilizado la expresión aramea, para personificar la figura de un amo; y para asegurar que quien sirve a ese amo, no puede servir a Dios.

Con ese contraste como trasfondo, Jesús exhorta a sus discípulos a poner su confianza en Dios, aún para sus más elementales necesidades de la vida, como son la comida, la bebida y el vestido (Mt 6:25-34). Hasta la preocupación por el sustento básico evidencia desconfianza en Dios. La expresión “No os afanáis”, se repite tres veces. En sólo diez versículos se repite seis veces el verbo μεριμνάω, que quiere decir “afanarse”, “preocuparse” o “tener ansiedad”. Esta actitud corresponde a la que hoy en día muchos han llagado a llamar “estresarse”, la cual suele ser resultado de las necesidades materiales o de la búsqueda de dinero. Pero, si el afán por el sustento diario es falta de confianza en Dios, el afán por enriquecerse es postrarse a los pies de μαμωνᾶς, las riquezas.

Aunque el texto paralelo de Lucas (12:22-31) con respecto al afán por las cosas materiales, difiere en el contexto histórico; al igual que Mateo, presenta como trasfondo el

menosprecio de Jesús hacia las riquezas en la tierra. Ante la petición de un hombre a Jesús para que interviniera en un conflicto que tenía con su hermano por una herencia (12:13), Jesús menciona la parábola de un hombre que acumula riquezas con el propósito de guardar provisiones para un futuro de holgura y placer. Esto es presentado como una necesidad, por parte de Dios, pues nadie sabe cuánto va a durar su vida (12:20). Pero Lucas también incluye la contraposición entre hacer tesoros, y no ser rico para con Dios (12:21); lo mismo que la expresión “*Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón*” (12:34)

Según lo anterior, resulta probable que quien tenga entre los objetivos de su vida la prosperidad, o la abundancia de riquezas, esté muy alejado del “reino de Dios y su justicia”; afanado por las cosas materiales, y adorando lo que tiene. Resulta verdaderamente imposible que, que quien procura abundancia en la tierra, llegue a inclinar su corazón hacia los tesoros del cielo.

El engaño de las riquezas ahogan la Palabra de de Dios

En los tres evangelios sinópticos aparece cuando Jesús narró y explicó la parábola del sembrador, en la cual se hace referencia a las riquezas como uno de los mayores peligros en contra de la Palabra de Dios sembrada en los corazones de muchos. En esta parábola, una vez más, Jesús manifiesta su abierta oposición a la búsqueda de bienes materiales, en este caso, advirtiendo el peligro de que la Palabra de Dios no fructifique por esa causa.

La explicación de la parábola, dada la inquietud de los discípulos, varía muy poco entre los tres autores, Mateo, Marcos y Lucas:

El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa.
(Mt 13:22)

Estos son los que fueron sembrados entre espinos: los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa. (Mc 4:18,19)

La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. (Lc 8:14)

Los tres coinciden en que el terreno donde están los espinos, hace referencia a quienes “oyen” (gr. ἀκούω) la palabra. Mateo y Marcos dicen que la palabra es ahogada, mientras Lucas dice que ellos son ahogados. Lucas no menciona “la palabra”, en el v. 14,

pero en el v. 11 dice que “*La semilla es la palabra de Dios*”. Aunque pueden verse algunas variaciones entre los tres, con respecto a lo que representan los espinos, coinciden en incluir las riquezas, para lo cual los tres utilizan el nombre $\pi\lambda\omicron\upsilon\tau\omicron\varsigma$, que se refiere a abundancia; en este caso, abundancia material.

Las riquezas; colocadas en esta parábola al mismo nivel engañoso de “los afanes de este siglo”, “los placeres de la vida”, y “otras codicias”; surten un efecto mortal en contra de la Palabra de Dios o, como dice Mateo, “*la palabra del reino*” (13:19). A diferencia de los otros dos terrenos, “junto al camino” y “en pedregales”; los espinos permiten que la semilla eche raíz y crezca, pero crecen simultáneamente con ella, impidiendo que ésta produzca su fruto. En esta parábola puede verse una explicación a la respuesta que Jesús dio al diablo en el desierto; pues en lugar de aceptar la abundancia de los reinos de la tierra, Él se mantuvo en la Palabra, diciendo: “escrito está”. Así mismo, puede verse nuevamente la referencia a los afanes, como parte de los espinos que ahogan la palabra, lo cual muestra coherencia con los puntos anteriormente mencionados.

De tal manera que la obediencia a la Palabra de Dios y la búsqueda de prosperidad material no son semillas que puedan crecer juntas. Pero lo peor del caso, es que cuando se intenta hacerlas crecer juntas, la Palabra de Dios es la que termina ahogada.

La esclavitud a las riquezas impide seguir a Jesús

El caso de un hombre rico quien se acercó a Jesús para indagar acerca de la vida eterna, también quedó registrado en los tres evangelios sinópticos (Mt 19:16-26; Mc 10:17-27; Lc 18:18-25). El encuentro de Jesús con este rico es, tal vez, la más clara enseñanza de Jesús en contra del interés por las riquezas, pues contiene los elementos fundamentales sobre este tema, los cuales se destacarán uno por uno.

Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de

Dios los que tienen riquezas! Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Ellos se asombraban aun más, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios. (Mc 10:17-27)

Las riquezas no impiden practicar una religión. La pregunta del joven rico es una de las coincidencias entre los tres evangelios: “¿Qué haré para heredar la vida eterna?”. Aunque Mateo usa el verbo ἔχω “tener”, en lugar de κληρονομέω, “heredar”, y añade un adjetivo, “¿Qué bien haré...?” Lit. ¿Qué bueno haré...?. Es una pregunta cargada de una connotación religiosa, él quería saber acerca de los requisitos para alcanzar la vida eterna. Ante tal cuestionamiento del hombre, Jesús ofrece una respuesta del mismo carácter: Guardar los mandamientos. Pero, según la respuesta del joven, ese era un requisito que él ya estaba cumpliendo. Es decir que este joven vivía simultáneamente, una vida de abundancia material y una vida religiosa, sin que esto generara algún conflicto. Sin embargo, tanto la pregunta que hace a Jesús, como la respuesta del Maestro, evidenciaban que tenía un vacío espiritual el cual no lo llenaba ni sus riquezas, ni su religiosidad.

El problema no es la riqueza, sino la dependencia de esta. Aparentemente, las riquezas eran un obstáculo para alcanzar la vida eterna; inferencia que se desprende de la exhortación de Jesús, en cuanto a vender todo y darlo a los pobres, la cual es registrada por los tres evangelios. Pero esta inferencia es incompleta, si se tiene en cuenta que la exhortación de Jesús, tenía un complemento fundamental, el cual también es registrado en los tres evangelios, exactamente con las mismas palabras: καὶ δεῦρο ἀκολουθεῖ μοι “y ven, sígueme”. El verbo ἀκολουθεῖω, que aparece 93 veces en el NT, significa “seguir” el mismo camino, “acompañar”, “ir detrás” o “ser discípulo”. Lo que Jesús estaba pidiendo del joven, era que iniciara una vida nueva de seguimiento a Jesús, en la cual dependería del Maestro; para lo cual era indispensable que se desprendiera de cualquier otra dependencia; debía dejar de “seguir” al dinero, para poder seguir a Jesús. El problema no era la riqueza como tal, sino la dependencia de ella, lo cual quedó evidenciado con la tristeza y la partida del joven.

La riqueza es buena como un recurso para la generosidad. El hecho de que la riqueza no fuera mala en sí misma, se desprende de la exhortación a darla a los pobres. Jesús no pidió

que la quemara, o la destruyera, sino que se usara de una manera generosa, a favor de los pobres. Aparte del cuidado y la misericordia que Jesús muestra hacia los pobres, esta exhortación permite ver que los bienes materiales son buenos, si se los considera como un medio para practicar la generosidad, y no como un fin en sí mismos. Jesús no pretendía que el joven quedara en la ruina, sino que practicara generosidad.

La dependencia de la riqueza impide seguir a Jesús. La tristeza del joven cuando escucho la exhortación de Jesús, según los tres evangelios se debía a que tenía muchas posesiones. No estaba dispuesto a renunciar a ellas. Pero su negativa a repartir sus bienes implicaba una negativa a seguir a Jesús. La mira puesta en las riquezas, y no las riquezas como tal, es un obstáculo insalvable para ser discípulo de Jesús.

El reino de los cielos es muy difícil para los ricos. El encuentro de Jesús con el joven rico, y el fallido intento por hacerlo su discípulo, fue aprovechado por Jesús para dar a sus discípulos una sorprendente lección “*Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios*” (Lc 18:25). Una lección que generó en los discípulos una pregunta desesperanzadora “*¿Quién, pues, podrá ser salvo?*” (Lc 18:26). El reino de los cielos es presentado por Jesús como algo muy difícil para los ricos; algo que a los ojos de los discípulos, es prácticamente imposible; pero a los ojos de Jesús, “*Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios*” (Lc 18:27). Esa posibilidad de Dios en cuanto a que un rico entre en el reino de los cielos, de acuerdo al dialogo sostenido por Jesús, descansa en el hecho de que la riqueza no sea un fin, y el rico siga a Jesús como Señor.

Al igual que todos los dones que Dios otorga, la abundancia de riquezas y la prosperidad tienen que ser consideradas como un medio para servir. Y al igual que todos los dones que Dios otorga, la abundancia material no debe ser perseguida (ἀκολουθέω), pues esta acción sólo debe llevarse a cabo en pos de Jesús, si es que se pretende ser su discípulo.

La misión del discípulo exige renunciar a las posesiones materiales.

Pero si las enseñanzas de Jesús acerca del peligro de las riquezas eran ya suficientemente claras, fue más claro y contundente al enviar a sus discípulos a predicar, renunciando a cualquier posesión. Ese momento trascendental en el que Jesús comisiona a sus discípulos fue registrado en los tres evangelios sinópticos:

<p>No os proveáis de oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de calzado, ni de bordón; porque el obrero es digno de su alimento. (Mt 10:9,10)</p>	<p>Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solamente bordón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino que calzasen sandalias, y no vistiesen dos túnicas. (Mc 6:8,9)</p>	<p>Y les dijo: No toméis nada para el camino, ni bordón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni llevéis dos túnicas. (Lc 9:3)</p>
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Evidentemente, la lección que Jesús quiere dar aquí a sus discípulos no es acerca de las riquezas, sino acerca de la confianza en Dios y la dependencia diaria en el Señor. Esto parece ser lo que significa la frase final de Mateo *“porque el obrero es digno de su alimento”*. No se trataba de que Jesús les estuviera enviando a aguantar hambre y frío, sino que esperaba que se despreocuparan de esos asuntos, pues los habrían de encontrar en el camino. Precisamente Lucas registra en su evangelio cuando Jesús les hace ver a sus discípulos que cuando les envió sin provisiones, nunca les faltó el sustento: *“Y a ellos dijo: Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó algo? Ellos dijeron: Nada”* (22:35).

Sin embargo, esto permite ver que la preocupación por acumular posesiones materiales, no es compatible con la misión de la iglesia. Los asuntos materiales suelen convertirse en un distractor que aparta al discípulo de su misión. Esto no significa que sea imposible el seguimiento a Jesucristo siendo ricos, pero el afán por lo material puede conducir a la pérdida de la confianza en Dios. En repetidas ocasiones, Jesús trata de evitar que sus seguidores alberguen algún tipo de expectativa material al estar a su lado, como es el caso registrado por Mateo y Lucas: *“Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”* (Lc 9:57,58). Igualmente, Jesús establece, como un imperativo para seguirle, el renunciar a todo lo que se posee: *“Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”* (Lc 14:33). La incompatibilidad del ministerio con las riquezas ha sido propuesta en diversas etapas y por diversos movimientos en la historia del cristianismo, particularmente entre los radicales como, por ejemplo, los Valdenses del siglo XII. *“Para ellos, la acumulación personal de riquezas era considerada más como pecado que como bendición de Dios.”* Pero *“Más radical era su visión de la relación entre la evangelización y*

la pobreza. La pobreza voluntaria no tenía valor en sí misma, sino que era parte de del testimonio evangélico y signo de solidaridad con los oidores del mensaje salvífico.” (Driver, 1988, p. 192).

La tendencia del ser humano a buscar a Dios por interés en las cosas materiales, ha sido y seguirá siendo una constante en la iglesia cristiana. Es un interés que se desprende del materialismo humanista, pero que encuentra un aparente respaldo en los actos milagrosos de Dios. Al igual que se suele hacer con los amigos en la tierra, muchos buscan a Dios con el propósito de obtener beneficios personales. Jesús no se dejaba impresionar por tantas personas que le buscaban, pues él conocía lo que había en los hombres (Jn 2:25). A unos que le buscaban afanosamente les dijo: *“De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre”* (Jn 6:26,27).

En el NT no se encuentra ni una sola exhortación a la búsqueda de riquezas o prosperidad material. Sin embargo, como puede verse, el rechazo y la exhortación a renunciar a los bienes materiales sí resultan una constante. Constante que se pasa por alto cuando la iglesia predica un evangelio cargado de intereses materiales, de prosperidad y de triunfalismo, basado en la falacia de ser hijos de un Dios rico, pues las riquezas de Dios no descansan en la pequeñez de tesoros terrenales, sino en la grandeza de su carácter, reflejada humanamente en la humillación y el sufrimiento de Jesucristo en la cruz del calvario.

El sufrimiento estuvo ligado a la misión del maestro

Mateo y Marcos registran en sus respectivos evangelios el momento en que Pedro trató de apartar a Jesús de su misión, y cómo Jesús debió reconvenirlo. Los dos escritores coinciden en ubicar el relato en el mismo contexto histórico: inmediatamente después de la confesión de Pedro acerca de la identificación de Jesús como el Cristo. Sin haber diferencias sustanciales entre los dos relatos, Mateo es más detallista (Mt 16:21-23).

Sufrimiento: El clímax de la misión. El hecho de que este pasaje se encuentre precisamente después de la gran confesión de Pedro es bastante significativo. Llama la atención la variedad de contrastes que se pueden apreciar en el relato. El primer contraste tiene que ver con el carácter de la misión de Jesús. Precisamente cuando es reconocido como el "Hijo del Dios viviente" (Mt 16:16), Jesús comienza a hablar del sufrimiento que le implicaba su tarea. El

estaba consciente que la parte más trascendental de su venida al mundo estaría enmarcada por dolores, lágrimas y sangre. Jesús felicita a Pedro por haber recibido la revelación acerca de su identidad (Mt 16:17), pero a continuación, revela a todos los discípulos que su condición de Hijo de Dios no sería impedimento para su sufrimiento redentor. "Debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas" (Mt 16:21), como el clímax de su misión.

El escándalo del sufrimiento. La declaración de Jesús no se limitó al hecho de su sufrimiento, sino que también anunció su resurrección. Las resurrecciones no eran algo cotidiano, no eran algo normal. Mientras el sufrimiento es un asunto latente, la resurrección era algo sobrenatural y milagroso. Sin embargo, la reacción de Pedro parece haber tenido en cuenta solamente el anuncio del sufrimiento (otro contraste). Lo sobrenatural no le pareció escandaloso, sino lo del sufrimiento. No podía concebir que el Hijo de Dios fuera a afrontar semejante suerte. No se daba cuenta Pedro, que al decir "en ninguna manera esto te acontezca" (Mt 16:22), también estaba rechazando la resurrección, la cual era parte del anuncio de Jesús. Pero claro, el escándalo estaba en el sufrimiento.

La oportunidad de Satanás. Pero la ceguera de Pedro se explica porque detrás de su aparente compasión había algo oscuro, lo cual se evidencia por la severa reprensión de Jesús. Teniendo en cuenta que se trataba de uno de los discípulos más destacados, podría pensarse que las palabras de Jesús no pasaban de ser una metáfora con el propósito de hacer recapacitar a Pedro. Sin embargo es importante tener en cuenta algunos detalles que muestran que el asunto era más serio que esto.

En primer lugar, la forma como Pedro se dirigió a Jesús es muy particular. El discípulo comenzó a reprender a Jesús. Los dos escritores usan el infinitivo activo del verbo ἐπιτιμάω, "reprender". Este verbo aparece 28 veces en los evangelios sinópticos y sólo dos fuera de ellos (2Ti 4:2 y Jud 9). Siempre aparece como un mandato, y casi siempre implica una confrontación inamistosa. Siete veces se usa en los sinópticos para referirse a expulsión de demonios, tres con referencia al viento y una con referencia a la fiebre. En el NT, la persona que reprende presupone una condición de autoridad sobre quien recibe la reprensión. La única vez que se usa el término "reprender" con respecto a Jesús es en este caso. Es imposible que quien acababa de reconocer a Jesús como el Cristo, se atreviera a reprenderle; es imposible que cualquiera de los discípulos de Jesús osara reprender a su maestro. Indudablemente, el término "reprender", refleja una actitud altanera y ajena a la persona de Pedro.

Por otro lado, la respuesta de Jesús (Mt 16:23) es tan específica como cuando resistió a Satanás en el desierto (Mt 4:10). Literalmente dice "Vete detrás de mí Satanás" (Ὑπαγε ὀπίσω μου, Σατανᾶ), lo cual se asemeja al "Vete Satanás" (Ὑπαγε, Σατανᾶ) del desierto; incluso algunas variantes de Mt 4:10 aparecen con las mismas palabras de Mt 16:23. A esto se suma la actitud de Jesús al darle la espalda a Pedro (Mt 16:23). Con el verbo "volverse" (στρέφω), se muestra una actitud de rechazo por parte de Jesús. Esta actitud se explica por estar dirigida a Satanás, pero no tendría sentido si no fuera por la presencia personal de Satanás en Pedro. Es Satanás quien trata de causar escándalo entre los discípulos acerca del sufrimiento de Jesús, para así impedir que Jesús cumpliera su tarea.

El carácter redentor del sufrimiento: Cosa de Dios. Las últimas palabras de Jesús muestran que tratar de evadir el sufrimiento es un asunto humano, pero afrontarlo es cosa de Dios. "Me eres piedra de tropiezo; porque no estás pensando en las cosas de Dios, sino en las de los hombres" (Mt 16:23). Aunque detrás de Pedro estaba la persona de Satanás, éste se estaba valiendo de la tendencia humana de esquivar el sufrimiento, para disfrazar su intención con una falsa compasión. No es que Satanás pensara en las cosas de los hombres, sino que, conociendo las debilidades humanas, las usa para su provecho. Pero Jesús no cayó en la trampa de su enemigo, porque tenía su vista puesta en cumplir la voluntad de su Padre, estaba "pensando en las cosas de Dios". Incluso en las últimas horas de su vida, Jesús mostró la angustia que sentía en su humanidad, al enfrentar el sufrimiento de la cruz (Mt 26:37,38); pero también demostró su fidelidad y disposición para culminar su misión, la cual implicaba el dolor de la muerte (Mt 26:39). Es en este sentido que Driver (1994), asegura que:

La familia de palabras derivadas de *mártus* esclarece la comprensión bíblica tanto del significado de la muerte de Jesús como de la naturaleza de la misión de su pueblo. La tarea del Mesías, reveladora y salvadora, requería fidelidad al Padre, a quien pertenecía esa misión, aún hasta el punto del sufrimiento y la muerte en manos de los enemigos de Dios. Para la comunidad del Mesías, la fidelidad al Señor y a su misión exige, en un mundo que ha caído bajo el dominio de Satanás, un testimonio sellado por el sufrimiento e incluso por la muerte. (p. 24)

Con base en los elementos exegéticos aquí expuestos, se pueden evidenciar una serie de implicaciones para la conceptualización acerca de Jesucristo, de su misión, del discipulado y de

la misión de la iglesia. En el prólogo de La obra redentora de Cristo y la Misión de la iglesia, escrito por Juan Driver (1994), René Padilla plantea la relación entre el sufrimiento y la misión de la iglesia cuando dice:

Si quita de su centro al Mesías crucificado, el cristianismo se torna triunfalista. Rehúye el sufrimiento. Por lo tanto evita la confrontación con los sabios y poderosos de este mundo. Tal cual lo viera Dietrich Bonhoeffer, este tipo de cristianismo está fundado en una gracia barata, esto es, en una gracia sin cruz, sin discipulado, y sin Jesucristo. (p. 9)

Las implicaciones del diálogo de Jesús con Pedro expuestas aquí, se pueden resumir así:

- El sufrimiento era inherente a la misión de Jesús. Su condición de Hijo de Dios no evitaba esa realidad.
- El punto culminante de la misión de Jesús no estaba en su sufrimiento, sino en su resurrección, lo cual fue ignorado por Pedro cuando le reprendió.
- Detrás de la reacción de Pedro estaba la intención de Satanás de apartar a Jesús de su misión.
- Pensar en evadir el sufrimiento es algo de la naturaleza humana, pero afrontarlo es cumplir la voluntad de Dios.

Este texto debe hacer reflexionar acerca de la tendencia de evadir el sufrimiento en el ministerio. Si bien es cierto que no se trata de buscar el sufrimiento, es más importante cumplir con la misión que buscar bienestar. Sobre todo, es necesario estar alerta, pues Satanás se aprovecha de las debilidades humanas para hacer apartar al discípulo de su llamado. Si lo intentó con Jesús, cuánto más con sus discípulos. Es necesario mantener la mente en las cosas de Dios para que el enemigo no saque ventaja de las flaquezas del ser humano. Sólo así se puede evitar ser instrumentos de Satanás, luego de confesar que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

No se trata de justificar el dolor del ser humano en el sufrimiento de Jesucristo, evadiendo así la compasión por el sufrimiento ajeno en el mundo, como lo denuncia Metz (2007). Por el contrario, se trata más bien de levantar una voz profética en contra del pecado, causante del dolor tanto en el ser humano como en Jesucristo, pero con la disposición a afrontar la persecución y la muerte que puedan provocar esa voz profética, como lo hiciera con Cristo.

VII. La doctrina de Pablo frente a la prosperidad

“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1Co 11:1). Estas palabras de Pablo, resumen el concepto de un discipulado radical; es decir, personas que imitan a Jesucristo con la conciencia de que serán el punto de referencia para otras personas. Cuando Jesús envió a sus discípulos a hacer discípulos, dijo “*enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado*” (Mt 28:20). El verbo “guardar” aparece en el texto griego en presente infinitivo voz activa: τηρεῖν. Esta frase bien podría ser traducida como: “*enseñando a ellos cómo guardar todas las cosas que os he mandado*”. Esto implica una acción continua, no de cátedra, sino de ejemplo. El discípulo no hace discípulos a base de doctrina, sino con su propia vida. Por eso la exhortación de Pablo tiene tanto sentido en medio de la doctrina escrita a la iglesia de Corinto. Él no dice “guarden la doctrina que aquí escribo”, o “guarden las cosas que Jesús mandó”, como pareciera implicar el texto de Mateo, sino “*Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo*”.

Es por eso, que después de observar todo lo que Jesús vivió y enseñó acerca de las posesiones materiales; Pablo se convierte en un segundo punto de referencia natural, a través de cuya vida y doctrina se pese la doctrina de la prosperidad que tanto se predica hoy en la iglesia cristiana.

Un apóstol pasando necesidades

Antes de observar lo que Pablo ordena acerca del tema en mención, es importante que se tome en cuenta lo que encarnó en su propia vida. Y es precisamente a la iglesia de Corinto a quienes Pablo refiere cómo ha tenido que soportar escasez, necesidades y un sinnúmero de sufrimientos.

No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres,

mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo. (2Co 6: 3-10)

Como discípulo de Jesucristo, Pablo imitó a su Maestro hasta en el dolor y la escasez. Pero él no hace este recuento en un espíritu de queja o reclamo; por el contrario, lo hace en un espíritu de satisfacción y gozo, por la posibilidad de ser bendición para otros, pese a sus dificultades. Esto se puede apreciar por la serie de contrastes que Pablo menciona (vv. 8-10). Si se tiene en cuenta la posición de Pablo antes de ser discípulo, tiene que decirse que, al igual que su Maestro, siendo rico se hizo pobre. Una de las principales preocupaciones de Pablo, era la de no ser una carga financiera para la iglesia, y no dar motivo para que se le acusara de suplir intereses materiales personales. Es por eso que cuando se despidió de la iglesia en Mileto, dejó constancia de su transparencia diciendo:

Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir. (Hch 20:33-35)

Pablo era un ministro “bivocacional”, de tal forma que no dependía financieramente del ministerio. Ahora bien, Pablo también tuvo momentos de abundancia, según lo testimonia en su carta a los Filipenses:

En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. (Flp 4:10-13)

Como se puede observar en esta referencia, la abundancia no impidió el ministerio de Pablo. Su carácter no llegó a verse afectado por su estado económico, lo cual tiene una sola explicación: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (v. 13). Pablo nunca dependió de

sus posesiones, sino de Cristo. De manera que tanto en la escasez como en la abundancia aprendió a contentarse. Es decir que él nunca persiguió la gloria, sino la cruz.

Dos elementos deben enfatizarse con base en el ejemplo de Pablo: Por un lado, que el discípulo de Jesucristo desarrolla contentamiento, como parte de su carácter, el cual le faculta para vivir en abundancia o escasez, con la vista puesta siempre en su Maestro. Y por otro lado, que eventualmente, Dios puede proveer de abundancia a sus siervos, sin que esto sea el resultado de una búsqueda ansiosa de parte suya. Esa posibilidad de abundancia, es sobre todo, eso: una posibilidad. No se puede llegar a generar una expectativa de prosperidad en el discípulo, ni prometer a quien quiera seguir a Jesús, que recibirá a cambio algún tipo de riqueza material.

Avaros que se llaman hermanos

Pablo también, como lo hizo Jesucristo, enseñó en contra de la avaricia. Lo hace en forma de prohibición a la iglesia de Corinto: *“Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis”* (1Co 5:11). El adjetivo *πλεονέκτης*, “avaro”, sólo se encuentra cuatro veces en el NT, todas en la pluma de Pablo, y tres en la misma carta a los Corintios. Pero la raíz *πλεον*, que tiene que ver con “abundancia”, da origen a tres palabras más: los verbos *πλεονάζω*, “abundar” “tener más” o “hacer crecer” (9 veces); y *πλεονεκτέω*, “ganar ventaja”, “engañar”, o “explotar” (5 veces); y al nombre *πλεονεξία*, “avaricia” o “codicia” (10 veces). El avaro es aquel que se inclina hacia la abundancia de una manera obsesiva.

Pablo exhorta a los creyentes de Corinto para que no se junten con los avaros, pero sabiendo que la avaricia es común en el mundo, aclara que se refiere a los avaros que se precian de ser hermanos. En ese sentido, equipara la avaricia con la fornicación, la idolatría, el hurto, la maledicencia y la embriaguez; al punto de prohibir, incluso, comer con tales personas.

La doctrina de la prosperidad tiende a fomentar, en el corazón del creyente, una actitud avara. Como suele suceder con otro tipo de convicciones antropocéntricas, se esconde detrás de argumentos aparentemente piadosos; pero a juicio del autor, no es más que avaricia en los que se dicen ser hermanos. El discípulo de Jesucristo no debe dar cabida en su mesa a esa doctrina.

La práctica de la generosidad en la iglesia

Tal como se pudo ver en las enseñanzas de Jesús, la generosidad es un factor sustancial del discipulado en la iglesia de Jesucristo. Las riquezas son un instrumento dado por Dios para ejercitar la generosidad. El joven rico no entendió ese propósito de sus posesiones, por cuanto no era discípulo de Jesús. Pablo dedica dos capítulos de su segunda carta a los Corintios para hablar de la generosidad de las iglesias de Macedonia. Es el pasaje más largo del NT con respecto a los bienes materiales.

Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios; de manera que exhortamos a Tito para que tal como comenzó antes, asimismo acabe también entre vosotros esta obra de gracia. Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia. No hablo como quien manda, sino para poner a prueba, por medio de la diligencia de otros, también la sinceridad del amor vuestro. Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos... Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra... pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos; asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros. ¡Gracias a Dios por su don inefable! (2Co 8:1-9:15)

Esta generosidad de las iglesias de Macedonia es destacada por Pablo, debido a que proviene de gente de escasos recursos. Algo que parece ser una tendencia, no sólo en el NT, sino en la historia de la humanidad; que haya más generosidad en los pobres que en los ricos. Pablo repite nueve veces la palabra περισσεία “abundancia”, sustantivada y verbalmente. Esta palabra no se relaciona con la raíz πλεον “abundancia” tratada en el punto anterior, la cual tenía una connotación peyorativa. Sin embargo, Pablo utiliza esta palabra de una manera paradójica, pues en medio de la profunda πτωχεία “pobreza” (v. 8:2), de los macedonios, la abundancia hace referencia a ciertas virtudes: gozo (v. 8:2); generosidad (v. 8:2); fe, palabra, ciencia, solicitud y amor (v. 8:7); gracia y buenas obras (v. 9:8); y acciones de gracias (v. 9:12).

En esta referencia que Pablo hace acerca de la ofrenda de los Macedonios, puede identificarse nueve características fundamentales que tienen las ofrendas, algunas de las cuales brillan por su ausencia en las modernas enseñanzas de prosperidad:

Iniciativa propia (vv. 8:4). Ellos rogaron que les permitieran el privilegio de dar. Esta fue una ofrenda que se dio como resultado de la iniciativa del dador, como respuesta a una necesidad de los hermanos, sin ningún tipo de manipulación de por medio. Por eso dice más adelante: “*Cada uno dé como propuso en su corazón*” (v. 9:7).

Voluntariamente (8:7-9). Pablo invita a que la ofrenda sea abundante: “*abundad también en esta gracia*”, pero basado en la iniciativa de ellos, no en la imposición de él: “*No hablo como quien manda*”. Como también dice: “*y no como de exigencia nuestra*” (v.9:5) No sólo la iniciativa, sino también la cantidad, es definida por la voluntad de los dadores.

Cumplidamente (8:10-11). La exhortación de Pablo es que se cumpla con lo prometido. Si bien es una ofrenda voluntaria, una vez prometida se convierte en una responsabilidad que se debe cumplir.

Proporcionalmente (8:12-15). La claridad que hace Pablo, no da campo a ningún tipo de explotación, particularmente pensando que se trata de una iglesia cuyos miembros son de escasos recursos, por eso dice: “*...será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene*”. Muy fácil resulta explotar y manipular a los pobres, con promesas de prosperidad.

Honradamente (8:20,21). Como siempre, Pablo procura y certifica la transparencia en el manejo de los asuntos materiales. No sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres.

Diligentemente (9:1-5). Pablo exhorta, organiza y envía personas para que la ministración de la ofrenda se haga de una forma ordenada, planeada y organizada. No es un asunto de simple espontaneidad emocional, sino que la voluntad se ejecuta de manera diligente.

Generosamente (9:6-7). No puede pasarse por alto la referencia que hace aquí Pablo con respecto a la siembra y la cosecha. Esta ha sido una fórmula que muchos han utilizado para promover una especie de trueque con Dios. Con base en esta, se manipula a los creyentes para lograr que den sus diezmos u ofrendas generosamente con la promesa de multiplicar sus ingresos. Por otro lado, la piadosa práctica de “dar”, ha sido desplazada progresivamente por la anti bíblica e interesada práctica de “sembrar”, gracias a la descontextualizada aplicación de la afirmación paulina *“El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”* (v. 9:6).

A juicio del autor, la equivocación que ha llevado a interpretar este pasaje de una manera errónea, al igual que otros pasajes del mismo estilo, tiene que ver con la confusión entre dos estructuras literarias muy similares: el resultado y la instrumentación. Si bien es cierto que toda instrumentación implica una causa y un efecto, no todos los resultados implican instrumentación. La Biblia presenta muchas promesas que descansan en el cumplimiento de los imperativos divinos; pero el cumplimiento de esos imperativos no tiene como propósito alcanzar las promesas de Dios, sino el amor y la obediencia. Las palabras de Pablo no invitan a sembrar con el “propósito” de segar, sino que revela la bendición implícita en el dar. Pero la única motivación que había en el corazón de los Macedonios cuando enviaron su ofrenda fue su generosidad (v. 8:2). La frase de Pablo no hace énfasis en la siembra y la cosecha, sino en la generosidad. El generoso jamás tendrá en cuenta la relación de siembra y cosecha. En la doctrina de la prosperidad se ha parafraseado equivocadamente a Pablo así: “Siembra abundantemente, para que siegues abundantemente”. Esta es la ley de la avaricia.

Confiadamente (9:8-11). Pero, si bien el dar no puede ser el resultado de un negocio con Dios, ni debe hacerse con el propósito de alcanzar sus promesas, sí puede hacerse con un

corazón tranquilo, y sin preocupación. Con alegría y la confianza de saber que el sustento y las bendiciones vienen del Señor. Tal como lo dijo Jesús: “*No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?*” (Mt 6:31)

Conscientemente (9:12-15). Los dadores no sólo hacen su contribución de una manera generosa y confiada, sino que también son conscientes de la utilidad y los resultados de sus ofrendas. Esto va de la mano con la transparencia del administrador. Pablo dio cuenta de su comportamiento financiero, y hace consciente a la iglesia del uso de sus ofrendas. En el manejo de las ofrendas no se puede apelar a una “fe ciega”.

Dos realidades quedan explícitas en este pasaje: La bondad del dar, y la inevitable presencia de los pobres en la iglesia de Jesucristo. Hay quienes piensan que la prosperidad es un factor inherente a la fe; pero si bien, un verdadero discípulo podría ser materialmente próspero, no se puede pensar que su prosperidad sea una consecuencia lógica de su fe; pues si así fuera, se tendría que concluir que la pobreza es falta de fe o de conocer a Cristo. Por lo tanto, a un pobre no se le debería ayudar materialmente, sino más bien llevarlo a conocer al Señor. Un absurdo que anularía la responsabilidad de dar, que tiene todo verdadero discípulo.

La codicia en el ministerio

Finalmente, hay que hacer referencia a las instrucciones de Pablo con respecto al asunto de las posesiones materiales en la ética del ministro. Y es en su primera carta a Timoteo donde Pablo recomienda a su discípulo, los elementos que debe tener en cuenta para el establecimiento de los diferentes ministerios en la iglesia. Las siguientes son las directrices que Pablo entregó a Timoteo:

Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro... Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia. (1Ti 3:2-9)

La primera vez que se menciona el nombre de Timoteo, aparece como un “*cierto discípulo*” (Hch 16:1). Este discípulo se dispone para ser circuncidado, pues Pablo lo considera conveniente. En el transcurso de su segundo viaje, Pablo toma a Timoteo para

llevarlo al terreno de la misión. Desde entonces, y hasta en las cartas pastorales que recibiera muchos años después, puede verse el liderazgo formativo de Pablo sobre Timoteo. En las cartas de Pablo a Timoteo, no sólo se encuentran instrucciones para el comportamiento de Timoteo, sino instrucciones de cómo debe él preparar a otros ministros de la iglesia; en este caso a los obispos y a los diáconos.

El término ἐπίσκοπος, “obispo”, está relacionado con el verbo ἐπισκοπέω, “cuidar”; y con el nombre ἐπίσκοπη, “obispado”. Se usa en el NT, para hacer referencia al cargo o responsabilidad de cuidar o vigilar algo. La palabra ἐπίσκοπος está compuesta por la preposición ἐπί, “sobre”, y el verbo σκοπέω, “fijarse bien en”, “poner atención a”, “cuidarse de” o “interesarse por”. La preposición le da énfasis al verbo. Así pues, el obispo es el encargado de responder por el cuidado y bienestar de algo o alguien. Para Pablo, el obispo de la iglesia debe llenar una serie de requisitos para poder ejercer el cargo, pues se trata de administrar la casa de Dios. Se considera un cargo otorgado por el Espíritu Santo a ancianos de la iglesia

La palabra διάκονος, “diácono” es un nombre relacionado con el verbo διακονέω, “servir”, “ayudar”, “ministrar” o “administrar”; y el nombre διακονία, “servicio”, “ministerio”, “socorro” o “distribución”. La palabra διάκονος, que también se traduce como “sirviente”, “servidor” o “ministro”, se refiere a la persona que cumple la labor de servir a otros, por encomienda de un señor. El término implica un sentido de inferioridad, tanto con respecto a los que son servidos, como con respecto al amo. La idea de diácono surge de un servicio doméstico, pero también llega ser un servicio de la Palabra o del mensaje del Evangelio, en cuyo caso se conoce como “ministerio”. El diaconado, a pesar de implicar inferioridad, se convierte en un cargo de liderazgo dentro de la iglesia. Al igual que el obispado, el diaconado exige altos requisitos de parte de quienes deseen cumplir con esa labor. Sin embargo, la labor del diácono es importante en la medida en que sirva de ayuda para aquellos que ejercen una función de mayor prioridad.

Entre las exigencias para obispos y diáconos que Pablo entrega a Timoteo, está la de no tener intereses materiales. Aunque en la versión de la Biblia Reina Valera aparece la frase “*codicioso de ganancias deshonestas*” en los versículos 3 y 8, en el texto griego no aparece esa repetición. Pablo utiliza primero, cuando se refiere a los obispos, la palabra ἀφιλάργυρον, traducida como “*no avaro*”. Esta palabra sólo aparece aquí y en He 13:5, pero es el adjetivo antónimo de φιλάργυρος, el cual aparece dos veces más (Lc 16:14; 2Ti 3:2), traducido como “*avaro*”, y provienen del nombre φιλαργυρία, que aparece en 1Ti

6:10, traducido como “*amor al dinero*”, unión entre φιλία “amor”, y αργυριον “dinero” o “piezas de plata”. Así que, se espera de los obispos, que no sean amantes del dinero; no simplemente del dinero mal habido, sino de las riquezas materiales en general, cuando en ellas se pone el corazón.

Es cuando se refiere a los diáconos que Pablo prohíbe que sean αἰσχροκερδής “*codicioso de ganancias deshonestas*” (v.8). Esta traducción da la impresión que se tratara exclusivamente de negocios ilícitos. Pero esta palabra, que sólo aparece una vez más (Tit 1:7), y otra vez en forma adverbial (1P 5:2); tiene como origen el nombre αἰσχύνη que significa “vergüenza”. Es por esto que al definir αἰσχροκερδής, Balz y Schneider (2001) dicen: “Dícese del vergonzoso afán de bienes materiales” (p. 123). El mandato paulino entonces, es que los diáconos no tengan un “vergonzoso afán de bienes materiales”; no simplemente del dinero mal habido, sino de las riquezas materiales en general, cuando en ellas se pone el corazón.

Pero esta recomendación hacia los líderes de la iglesia no es la única que Pablo le hace a Timoteo. Más adelante se encuentra la siguiente:

Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales. Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. (1Ti 6:3-10)

En este pasaje aparecen dos problemas más. El primero es usar “*la piedad como fuente de ganancia*” (v. 5). La palabra πορισμός “medio de obtener ganancias” sólo aparece en este pasaje del NT, el cual, según Balz y Schneider (2001) “habla de las personas que piensan que la «piedad (εὐσέβεια) es un medio para obtener ganancias»” (v. 5). Bien

entendida, la εὐσέβεια, cuando se asocia con la ἀντάρκεια (la sobriedad), es «*una gran ganancia*» (v.6)” (p. 1084). La idea, por lo tanto, no es de abundancia, sino simplemente de querer ganar algo, materialmente hablando, usando la piedad como un instrumento.

El segundo problema que se menciona es el de “*los que quieren enriquecerse*” (v. 9). Aquí sí se habla de la inclinación hacia la abundancia. Pablo usa el verbo πλουτέω; “hacerse rico”, afirmando que esto sólo lleva a “*destrucción y perdición*”. Pablo complementa (v. 10) diciendo que la φιλαργυρία, “amor al dinero”, es la raíz de todos los males, y conduce al extravío de la fe. Con base en este pasaje, puede decirse entonces, que una persona que desea riquezas materiales, no “sirve” para “servir” (διακονέω). Pero, ya que muchas personas con este tipo de inclinaciones, inevitablemente llegan a cargos de liderazgo en la iglesia, habría que preguntar, ¿Qué efectos produce a su interior? Y posiblemente la respuesta la tiene el apóstol Pedro cuando escribió: “*Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de las cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme*” (2P 2:2,3).

Cuando la iglesia del Señor está en manos de obispos y diáconos como los descritos por Pablo, éstos estarán al servicio de la iglesia. Pero cuando los líderes de la iglesia tienen intereses materiales y deseo de prosperidad, la iglesia estará al servicio de ellos.

Conclusiones

La iglesia cristiana, desde sus inicios, se ha visto permeada por diferentes movimientos religiosos e influencias culturales que han generado una simbiosis doctrinal entre creencias de carácter humanista, y las verdades bíblicas que fueron su origen. Una de esas influencias en los últimos tiempos ha sido la doctrina de la prosperidad. Es por eso que se hace imperativa una tarea de catarsis con el propósito de diferenciar entre la religiosidad “cristiana” y el auténtico seguimiento a Jesucristo que él llamó discipulado. Con base en la relectura exegética de las enseñanzas del Maestro, y las de uno de sus primeros discípulos, Pablo; se ha podido llegar a las siguientes conclusiones:

- La doctrina de la prosperidad tiene que ser discernida a la luz de una hermenéutica Cristocéntrica, o de lo contrario, la iglesia terminará cercenando su propia cabeza para seguir las pasiones de su cuerpo. La vida, la enseñanza y la misión de Jesucristo, estuvo ceñida a las Escrituras. Sus constantes discusiones con los principales líderes de los judíos, con sus discípulos y con las multitudes, permiten que su hermenéutica sea identificable.

- Jesucristo mismo, antes del inicio de su ministerio público, tuvo que enfrentar las tentaciones del diablo, entre las cuales, la más grande fue el cubrirse de riquezas y gloria, teniendo el dominio de todos los reinos de la tierra. Pero el costo de ceder a esa tentación hubiese sido postrarse y adorar a su tentador, Satanás. Jesús resistió esa tentación, al escoger obedecer la Palabra de Dios.

- Lutero, Barth, Moltmann, Ellul, Kitamori y Baker, teólogos analizados aquí, coinciden en afirmar que el conocimiento de Dios tiene que hacerse a través de Jesucristo, humano y sufriente; por lo cual rechazan la teología de gloria que pretende conocer a Dios por medio de sus atributos divinos. Esta teología de la cruz, que invita al discípulo de Jesús a tomar su cruz, no resiste la doctrina de la prosperidad.

- La persona que tenga como objetivo de su vida la prosperidad, o la abundancia de riquezas, está alejado del “reino de Dios y su justicia”, pues su afán por las cosas materiales, le hace adorador de lo que tiene. El afán por alcanzar riquezas, abundancia y prosperidad, es un elemento que atenta contra el crecimiento de la Palabra de Dios en una persona que la ha recibido y creído.

- Dios puede otorgar abundancia, riquezas y prosperidad a sus hijos, pero éstas tienen que ser consideradas como un medio para servir a otros. Y al igual que con todos los dones que Dios otorga, el discípulo auténtico no sigue a las riquezas como su señor, sino a aquel que se las concedió.

- En el NT no se encuentra ni una sola exhortación a la búsqueda de riquezas o prosperidad material. En cambio, el rechazo y la exhortación a renunciar a los bienes materiales sí resultan una constante. Constante que se pasa por alto cuando la iglesia predica un evangelio cargado de intereses materiales, de prosperidad y de triunfalismo, basado en la falacia de ser hijos de un Dios rico, pues las riquezas de Dios no descansan en la pequeñez de tesoros terrenales, sino en la grandeza de su carácter, reflejada humanamente en la humillación y el sufrimiento de Jesucristo en la cruz del calvario.

- El sufrimiento era inherente a la misión que Jesús vino a cumplir, a pesar de su condición de Hijo de Dios. Sin embargo, el punto culminante de esa misión no era el sufrimiento, sino su resurrección. Satanás intentó generar autocompasión en Jesús a través de la persona de Pedro, de tal manera que se apartara de su misión, evadiendo el sufrimiento. Pero para Jesús, evadir el sufrimiento es poner la mira en las cosas del hombre, mientras que afrontarlo es cumplir la voluntad de Dios.

- Con base en el ejemplo de Pablo, puede afirmarse que en el discípulo de Jesucristo el contentamiento es parte de su carácter, el cual le faculta para vivir en abundancia o escasez, con la vista puesta siempre en su Maestro. Dios puede, eventualmente, proveer de abundancia a sus siervos, sin que esto sea el resultado de una búsqueda ansiosa de parte suya. Sin embargo, no se puede llegar a generar una expectativa de prosperidad en el discípulo, ni prometer a quien quiera seguir a Jesús, que recibirá a cambio algún tipo de riqueza material.

- La doctrina de la prosperidad tiende a fomentar, en el corazón del creyente, una actitud avara. La avaricia en la vida del creyente es equiparable a cualquier conducta pecaminosa que convierte al cristiano en hipócrita, pues aunque dice ser hermano, sólo busca satisfacer sus intereses materiales.

La doctrina de la prosperidad es, pues, una antítesis del discipulado. Nadie que pretenda alcanzar fortuna, riquezas, poder, abundancia o prosperidad; y para quien estas cosas sean un fin en sí mismas, puede llamarse discípulo de Jesucristo; y mucho menos estaría en disposición para servir en su iglesia. Pero si la búsqueda de tesoros en la tierra, es incompatible con el discipulado, el tratar de justificar ese interés en la Palabra de Dios o con el argumento de ser hijo de Dios, resulta aún más censurable. Esto tendría que considerarse falso profetismo, toda vez que pretende hacer decir a Dios lo que no ha dicho.

Indudablemente, el Antiguo Testamento puede llegar a ser interpretado desde la óptica de la doctrina de la prosperidad, pero esta interpretación estaría permeada por una teología de gloria, la cual no hace justicia al ejemplo del crucificado, y por lo tanto, no es coherente con sus enseñanzas. Ahora bien, Jesús comparó al que oye sus palabras y no las hace, con un hombre necio que construyó la casa sobre la arena. Por lo cual, puede concluirse que la doctrina de la prosperidad es una “casa sobre la arena”.

Recomendaciones

Puesto que las riquezas suelen ser un distractor para el creyente, de tal manera que tanto Jesús como Pablo las consideran peligrosas y engañosas, mientras que la presencia de pobres en la iglesia es inevitable, la doctrina de la prosperidad tiene que ser desplazada por la doctrina de la generosidad. La iglesia está llamada a practicar la generosidad hacia las personas necesitadas, y esto tanto los ricos como los pobres.

Las personas que persiguen la prosperidad material o desean ser ricos, no son aptos para el ministerio pastoral ni para ningún tipo de liderazgo o servicio en la iglesia de

Jesucristo, pues son fácilmente vulnerables por la codicia, y su fe suele ser débil. Los líderes de la iglesia deben estar al servicio de ésta. Pero cuando los líderes de la iglesia tienen intereses materiales y deseo de prosperidad, la iglesia estará al servicio de ellos.

“Por tanto, yendo, hagan discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todas las cosas que les he mandado; y he aquí yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”

Si la iglesia de Jesucristo pretende cumplir el mandato de Jesús de hacer discípulos, no puede permitir que ese discipulado sea mezclado con la doctrina de la prosperidad. No se trata de satanizar las posesiones materiales, sino de darles el lugar que les corresponde: Un don de Dios para ejercitar la generosidad en el seguimiento a Jesucristo. Pero jamás puede la iglesia despertar en el discípulo una expectativa material por su fe en Jesucristo. El creyente que es animado a seguir a Jesús, tiene que ser desafiado para renunciar a seguir a *Mamonás* (las riquezas). La doctrina de la prosperidad, es la doctrina de *Mamonás*.

Anexo

Referencias sobre los bienes materiales en el Nuevo Testamento

Origen	Cita bíblica	Asunto
Jesús	Mateo 4:8,9 Lucas 4:5-8	El diablo le ofrece todos los reinos del mundo a cambio de su adoración
	Mateo 6:2-4	Enseñanza sobre dar limosna en secreto
	Mateo 6:19-34 Lucas 12:16-34	Acerca de la búsqueda de riquezas en la tierra y el afán por lo material
	Mateo 9:9-13 Marcos 2:15-17 Lucas 5:29-32	Criticado por sentarse con cobradores de impuestos, quienes son vistos como pecadores
	Mateo 10:9,10 Marcos 6:8,9 Lucas 9:3; 10: 4	Envía a los discípulos a predicar, prohibiéndoles que lleven provisiones materiales
	Mateo 13:22 Marcos 4:18,19 Lucas 8:14	En la parábola del sembrador se presenta las riquezas como un engaño
	Mateo 15:4,5 Marcos 7:9-13	Sobre honrar a padre y madre con los bienes materiales

	Mateo 17:24-27	Pagando los impuestos para no ofender
	Mateo 19:21-30 Marcos 10:21-31 Lucas 18:18-30	Responde a un joven rico acerca de la relación entre las riquezas y el reino de Dios
	Mateo 21:12,13 Marcos 11:15-17 Lucas 19:45,46 Juan 2:13-17	Echando fuera del templo a los que hacían negocios en él
	Mateo 22:17-21 Marcos 12:13-17 Lucas 20:21-25	Responde a la pregunta acerca de si se debe de dar tributo a César
	Mateo 23:16-23	Crítica acerca de ofrendas y diezmos de los escribas y fariseos
	Mateo 25:14-30	La parábola de los talentos
Jesús	Mateo 26:6-13 Marcos 14:3-9 Juan 12:3-8	Responde a quienes critican a una mujer por derramar un perfume costoso sobre su cabeza
	Mateo 26:14-16 Marcos 14:10,11 Lucas 22:3-6	Judas negocia la entrega de Jesús
	Mateo 27:3-10	Judas devuelve las monedas que recibió por Jesús
	Marcos 12:41-44 Lucas 21:1-4	Exalta a una viuda que echa todo lo que tenía en el arca de las ofrendas
	Lucas 4:18; 7:22	Trae buenas nuevas a los pobres
	Lucas 6:20-26	Hace promesas a los pobres y advertencias a los ricos
	Lucas 14:25-33	Acercas de la necesidad de renunciar a las posesiones para ser discípulo de Jesús
	Lucas 16:1-15	Una parábola acerca de las riquezas injustas
	Lucas 16:19-31	Contraste entre un mendigo llamado Lázaro y un rico
	Lucas 19:1-10	Encuentro con un publicano rico llamado Zaqueo
	Lucas 19:12-27	La parábola de las diez minas
	Lucas 22:35	Interroga a sus discípulos acerca de cuando les envió sin provisiones

	Juan 6:25-27	Critica a quienes le buscan porque comieron del pan
	Juan 13:27-30	Judas era el encargado de la bolsa del dinero
Juan Bautista	Lucas 3:11-14	Predica acerca de los bienes materiales
Pedro	Hechos 4:34- 5:11	Los creyentes venden sus propiedades para compartir
Pablo	Hechos 19:23-27	El negocio de Demetrio en peligro por la predicación
	Hechos 20:33-35	Ha trabajado sin codiciar bienes materiales
	Romanos 15:26,27	Los gentiles envían ofrenda a la iglesia de Jerusalén
	1 Corintios 5:11,12	Prohíbe juntarse con avaros que dicen ser hermanos
	1 Corintios 9:4-14	Los que anuncian el evangelio deben vivir del evangelio
	1 Corintios 16:1-3	Ordena recoger ofrendas para la iglesia de Jerusalén
Pablo	2 Corintios 6:10; 11:27	Tuvo que pasar por necesidades materiales
	2 Corintios 8:1 - 9:15	Instrucciones sobre las ofrendas para los santos
	Filipenses 4:10-20	Aprecia la ayuda material de la iglesia
	2 Tesalonicenses 3:6-12	Ordena vivir ordenadamente, trabajando por la comida
	1 Timoteo 3:3,8	Ni obispos ni diáconos deben ser codiciosos
	1 Timoteo 5:3-16	El cuidado de las viudas y la responsabilidad de los hijos
	1 Timoteo 5:17,18	El salario de los ancianos de la iglesia
	1 Timoteo 6:3-10	Necesidad de contentamiento y peligro de las riquezas
	1 Timoteo 6:17-19	Mandatos para los ricos de la iglesia
	Tito 1:7	Los obispos no puede ser codiciosos de ganancias deshonestas
Filemón 18,19	Pablo se compromete a pagar las deudas de Onésimo	
Santiago	Santiago 2:1-9	Sobre hacer distinción entre ricos y pobres
	Santiago 4:13-17	La jactancia de los planes de enriquecimiento
	Santiago 5:1-6	Advertencia a los ricos que oprimen a los obreros
Pedro	1 Pedro 5:1,2	Contra la ganancia deshonesta de los ancianos
	2 Pedro 2:3	La avaricia de los falsos profetas

Síntesis

Jesús hace 14 referencias: Una citada sólo por Mateo, ocho citadas sólo por Lucas, dos citadas sólo por Juan, una citada por Marcos y Lucas, una citada por Mateo, Marcos y Lucas, una citada por Mateo, Marcos y Juan.

Juan Bautista hace una referencia, la cual es citada por Lucas.

Pablo hace 17 referencias: Dos citadas en Hechos, una citada en Romanos, tres citadas en 1 Corintios, dos citadas en 2 Corintios, una citada en Filipenses, una citada en 2 Tesalonicenses, cinco citadas en 1 Timoteo, una citada en Tito y una citada en Filemón.

Santiago hace 3 referencias en su carta.

Pedro hace 3 referencias, de las cuales una aparece en Hechos y una en cada una de sus cartas.

Referencias

- Baker, M. (2000). *¿Dios de Ira o Dios de Amor?* Buenos Aires: KAIROS Ediciones
- Balz, H. y Schneider, G. (2001). *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento. (2ª ed.)*. (Tomos I y II). Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Barth, K. (1978). *Ensayos Teológicos*. Barcelona: Editorial Herder.
- Blomberg, C. L. (2002). *Ni Pobreza ni Riquezas. Una Teología Bíblica de las Posesiones Materiales*. Barcelona: CLIE.
- Copeland, K. (1995). *Oración. Su Fundamento para el Éxito*. Texas: KCP Publicaciones
- Chafer, L. S. (1974). *Teología Sistemática. (Tomo1)*. Dalton, Georgia, E.U.A.: Publicaciones Españolas.
- Driver, J. (1988). *Contra Corriente. Ensayos sobre eclesiología radical*. Guatemala: Semilla.
- Driver, J. (1994). *La Obra Redentora de Cristo y la Misión de la Iglesia*. Buenos Aires: Nueva Creación.
- Ellul, J. (1990). *La Subversión del Cristianismo*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.
- Kempis, T. (1991). *La Imitación de Cristo*. Barcelona: Editorial Herder S.A.
- Kitamori, K. (1975). *Teología del Dolor de Dios*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Kurt, A., Black, M., Martini, C. M., Metzger, B. M. & Wikgren, A. (1975). *The Greek New*

Testament. New York: Sociedades Bíblicas Unidas.

Lois, J. (1986). *Teología de la Liberación: Opción por el pobre*. Madrid: Editorial

Fundamentos.

Lutero, M. (Original 1518). *La Disputación de Heildelberg*.

Lutero, M. (1535). *Comentario Sobre Gálatas*.

Metz, J. B. (2007). *Memoria Passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*. Santander: Editorial Sal Terrae.

Moltmann, J. (1977). *El Dios Crucificado. La Cruz de Cristo como base y crítica de toda teología cristiana*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Prince, D. (1995). *Bendición o maldición*. Miami: Editorial Carisma.

Suderman, R. J. (1994). *El Discipulado Cristiano al Servicio del Reino*. Bogotá: CLARA.

Yonggi Cho, P. (1980). *La Cuarta Dimensión*. Miami: Editorial VIDA.